LA PATRIA, UN PATRIMONIO QUE ES REGALO Y TAREA

HOMILÍAS de Ricardo Card. Ezzati A., sdb
Arzobispo de Santiago

LA PATRIA, UN PATRIMONIO QUE ES REGALO Y TAREA

HOMILÍAS de Ricardo Card. Ezzati A., sdb
Arzobispo de Santiago

LA PATRIA, UN PATRIMONIO QUE ES REGALO Y TAREA

HOMILÍAS de Ricardo Cardenal Ezzati A., sdb
Arzobispo de Santiago

© Arzobispado de Santiago
Vicaría Episcopal para la Pastoral
Dirección de Comunicaciones

ARZOBISPADO DE SANTIAGO

Edición: Dirección de Comunicaciones - Arzobispado de Santiago
Diseño y diagramación: Edith Ortiz Parra
Impresión: A Impresores
1ª Edición: 1.000 ejemplares

Santiago de Chile, septiembre 2018

ÍNDICE

PRESENTACIÓN **09**

LA PATRIA, UN PATRIMONIO QUE ES REGALO Y TAREA
Santiago, 18 de septiembre de 2011 **17**
Introducción. **18**
1. "Patria", "patrimonio". **19**
2. En la huella del Bicentenario que hemos celebrado. **22**
3. Una Nación que sueña. **25**
4. Para hacer realidad los sueños: un patrimonio que cuidar y trasmitir. **28**

Conclusión. **36**

LA CONFIANZA EN DIOS Y EN LOS HERMANOS, CLAVE DEL DESARROLLO DE UN PUEBLO
Santiago, 18 de septiembre de 2012 **39**
Introducción. **40**
1. A qué Dios queremos servir. **42**
2. Una crisis de confianza. **44**
3. Escenarios que nos desafían. **47**
4. Una esperanza que no defrauda. **56**

EL BIEN COMÚN DE CHILE,
FUENTE DE JUSTICIA Y ESPERANZA
Santiago, 18 de septiembre de 2013 **61**
Introducción. **62**
1. El sueño de Nabucodonosor. **64**
2. La base firme de una nueva construcción. **66**
3. Asumir en conjunto los temas-país. **70**
4. En una sociedad multicultural y con sueños comunes. **73**
5. La Palabra iluminadora del Evangelio. **76**
Conclusión. **78**

CAMINEMOS A LA LUZ DEL SEÑOR
Santiago, 18 de septiembre de 2014 **81**
Introducción **82**
1. Nuestras convicciones y esperanzas. **83**
2. Una nueva convivencia, más acogedora, más inclusiva, más integradora. **88**
3. Un gran "propósito nacional". **92**

HACIA UNA CONVIVENCIA
ESPERANZADA Y SOLIDARIA
Santiago, 18 de septiembre de 2015 **97**
Introducción **98**
1. Un tiempo especialmente complejo. **99**
2. Crisis de esperanza y solidaridad. **101**
3. Una nueva convivencia esperanzada y solidaria. **110**
Conclusión **117**

UNA ESPERANZA
QUE RENUEVA LA VIDA
Santiago, 18 de septiembre de 2016 **119**
Introducción **120**
1. El don de la esperanza. **121**
2. Esperanza y vida buena del pueblo. **122**
3. Esperanza: hechos y profecía. **125**
4. La historia, estímulo para la esperanza. **127**
5. Una esperanza siempre amenazada. **128**
6. Una esperanza que vuelve a florecer. **129**
7. Testigos de esperanza. **130**
8. Esperanza para todos. **131**
9. Esperanza don de Dios, tarea de todos. **132**

CENTINELAS DE LA AURORA:
PARA CRECER EN LA ESPERANZA
Santiago, 18 de septiembre de 2017 **135**
1. El amanecer de este gozoso día de la Patria. **136**
2. "¿Qué me ha sido dado esperar?". **138**
3. En este clima espiritual de confianza y esperanza. **140**
4. Centinelas que anuncian la vida, la vida abundante de todos. **144**
5. Centinelas que anuncian la belleza y la fecundidad de la cultura de la acogida, de la comunión y de la solidaridad. **146**
Conclusión **148**

“EL QUE QUIERA SER PRIMERO, QUE SE HAGA SERVIDOR DE TODOS…” (Mt 10, 44)
Santiago, 12 de marzo de 2014 **151**
Introducción **152**
1. El aporte de la fe al bien común. **153**
2. Gozos y dolores del pueblo. **155**
3. Florece la esperanza. **157**
4. En oración. **159**

“ENSÉÑAME A ESCUCHAR PARA QUE SEPA GOBERNAR A TU PUEBLO Y DISCERNIR ENTRE EL BIEN Y EL MAL” (1 Reyes 3, 9)
Santiago, 12 de marzo de 2018 **163**
Introducción. **164**
1. “Si el Señor no construye la casa...” **165**
2. Palabras de sabiduría. **167**
Conclusión. **175**

"Así como el Hijo del hombre
no vino para que le sirvan,
sino para servir
y para dar su vida
en rescate por muchos"

Mateo 20, 28

INRI

PRESENTACIÓN

LA PATRIA, UN PATRIMONIO QUE ES REGALO Y TAREA
Homilías de Fiestas Patrias del Arzobispo de Santiago, Cardenal Ricardo Ezzati (2011-2018)

La realización de la Liturgia de acción de gracias (*Te Deum laudamus*) y de petición a Dios por la Patria en presencia de las más altas autoridades del país, constituye una tradición que se extiende desde el año 1811, a solicitud de José Miguel Carrera, y se ha celebrado sin interrupciones desde entonces, incluso en momentos de crisis históricas. Esta celebración expresa un rasgo permanente de nuestra Patria: el sentido mayoritariamente religioso de nuestro pueblo. Inicialmente, se trataba de una misa. Más tarde, de un *Te Deum,* y desde 1971 en adelante –y por expresa solicitud de un presidente no católico como lo fue el Dr. Salvador Allende- se realiza como *Te Deum* Ecuménico. En 1925, año en que se separaron constitucionalmente la Iglesia del Estado, el *Te Deum* fue celebrado de la misma manera que lo había sido con anterioridad. Terminada la celebración que se inició a las 10:30 horas, el Presidente Arturo Alessandri se dirigió al Congreso Nacional, donde firmó la nueva Constitución. Los obispos, entonces, dijeron que si bien la Iglesia podía separarse del Estado, eso no implicaría que se separara del pueblo

de Chile. Sólo en 1973, el cardenal Raúl Silva Henríquez celebró el 18 de septiembre una Oración por Chile y por los Caídos en el templo de la Gratitud Nacional.

La lectura de las homilías de los diversos arzobispos de Santiago con ocasión del *Te Deum* -y también de las oraciones ecuménicas por Chile y sus nuevos gobernantes, en cada cambio de gobierno- ofrece no sólo al historiador, sino a cada ciudadano interesado en la suerte de su comunidad nacional, un valioso testimonio de la palabra de la Iglesia Católica sobre las cuestiones político-sociales, en la voz del Arzobispo de Santiago y como anfitrión de este encuentro entre los dignatarios de los poderes de Estado, los representantes de las Iglesias cristianas y los líderes de las comunidades judía e islámica presentes en el país. En efecto, en estas homilías consta no sólo el punto de vista del pastor, sino también un registro del clima de la época, sus logros y sus desafíos pendientes, así como del progreso del magisterio social de la Iglesia. Así, junto con ofrecer a los gobernantes la buena voluntad de los diversos credos religiosos para la construcción de la patria común, se manifiestan las preocupaciones más apremiantes de cada hora del país, ese patrimonio compartido que se va transmitiendo de generación en generación. Tanto el lector como el historiador podrán ponderar si los comportamientos de los líderes de la comunidad -también los pertenecientes a los credos religiosos- estuvieron o no a la altura de los altos ideales que aquí se expresan.

Entre los rasgos que destacan en las homilías del arzobispo Ricardo Ezzati desde los años 2011 a 2017, se encuentra el juicio ponderado para destacar tanto los logros que la sociedad chilena ha ido construyendo a lo largo del tiempo, como también las asignaturas pendientes, e incluso, algunas frustraciones. Por una parte, hay muchos signos que muestran que Chile se acerca a metas materiales de lo que técnicamente se considera desarrollo, algunos de ellos de larga data: aumento en la expectativa de vida, menor mortalidad infantil, erradicación de la desnutrición, expansión de la cobertura educacional en todos sus niveles, reducción de la pobreza, aumento en los ingresos de las personas. Luego de dramáticos quiebres históricos, en los últimos años también podemos agradecer a Dios por el restablecimiento del régimen democrático y un clima de paz social en el conjunto del país. También por gozar de paz con las naciones vecinas. En fin, debemos sentirnos agradecidos de ser una comunidad política plural pero que puede proponerse la construcción de un país unido, una "diversidad reconciliada", donde diversos credos religiosos e identidades culturales pueden cooperar pacíficamente a un fin común, beneficiándose de un marco institucional caracterizado por la laicidad del Estado que, sin comprometerse con ninguna confesión religiosa en particular, defiende la libertad religiosa de todas ellas.

A lo largo de estas páginas figura un elenco de los muchos rostros que configuran nuestro país: la infancia, los estudiantes, los trabajadores, los pueblos indígenas, los inmigrantes, las mujeres, la preocupación por el medio ambiente, los discapacitados, los ancianos, los más pobres y desamparados. Sin embargo, entre las preocupaciones nucleares que dan vertebración a estas páginas, el arzobispo llama la atención sobre el deterioro del prestigio de las instituciones, en parte debido a que ellas mismas han ido quedando estrechas para contener las nuevas aspiraciones de la población, a causa de la mejora en las condiciones de vida, de los nuevos anhelos por más desarrollo social y personal, pero también por una más expandida conciencia de los deberes que nos caben a cada uno en la construcción de la democracia, en el control de las autoridades y en la participación cívica frente a fenómenos como la corrupción y el abuso de poder. Otro elemento que caracteriza estos años es el clima de desconfianza, que se extiende desde las relaciones interpersonales hasta la gestión de las instituciones. La apelación del pastor es a que recompongamos el clima de confianza en todos estos niveles, clima sin el cual es imposible crecer en una empresa constructiva que requiere de la cooperación de todos. Adicionalmente, preocupa al cardenal Ezzati el estilo de desarrollo, que enfatiza el logro individual y material con desmedro de una "antropología del sentido" que señale los verdaderos fines de un desarrollo que merezca

considerarse humano. Esta preocupación se extiende al sentido de las reformas educacionales, en apariencia más centradas en las condiciones de un acceso más equitativo de los jóvenes al sistema de educación superior, pero con menos claridades respecto del significado más hondo que debiera tener la educación como tal, más allá de la necesaria capacitación para el trabajo. ¿Estaremos formando también buenos ciudadanos, constructores de sociedades y familias sanas?

Para cada una de estas preocupaciones hay la sugerencia de una posible dirección hacia dónde dirigirse: Contra una concepción estrechamente materialista e individualista del progreso económico, la reivindicación de una economía del don. Contra la desconfianza que se anida en las relaciones interpersonales e institucionales, una concepción de la política fundada en la noción de servicio y una exhortación al diálogo y al encuentro, tanto social como político. Frente al riesgo que la diversidad pudiera entenderse como pretexto para que cada persona o grupo de interés intente hacer prevalecer su mirada parcial del desarrollo del país instrumentalizando a los otros, la confianza en que la voz de Dios habla en todos los corazones, incluso en los de quienes se consideran no creyentes, animándolos a buscar el bien del otro y la paz a través de soluciones a problemas enfrentados colectivamente como temas-país. Frente a la cultura del descarte, que prescinde del valor de la vida en toda su extensión, una reafirmación de la vida desde la concepción hasta la muerte natural, y que en su trayecto merece ser vida en abundancia en las dimensiones cívica, comunitaria, familiar y personal, contando con los medios necesarios para ello, legítimamente obtenidos como recompensa equitativa a la contribución realizada mediante el propio trabajo. Frente a las heridas del pasado que no terminan de cicatrizar, buscar una reconciliación con verdad y justicia

Así pues, aunque algunos anhelos que se han postergado por mucho tiempo podrían inclinar el estado de ánimo hacia el desasosiego, la exhortación del pastor es a cultivar la esperanza: "Soñemos en que el mayor interés no lo tenga el dinero sino el crecimiento de las personas y la felicidad de sus familias; soñemos con que Chile sea, en verdad, una mesa para todos, también para los que emigran buscado en esta casa nuevos horizontes para su vida; soñemos en un país sin discriminaciones de ninguna especie; soñemos con un país de mano tendida y rostro descubierto; soñemos con un país justo, fraterno y solidario. ¡Soñemos con un país reconciliado! ¡Soñemos con un país esperanzado!" (Homilía de 18 de septiembre de 2013).

Vicaría Episcopal para la Pastoral
Dirección de Comunicaciones
Arzobispado de Santiago

Todos estamos invitados a ser "artesanos"...

LA PATRIA, UN PATRIMONIO QUE ES REGALO Y TAREA

Santiago, 18 de septiembre de 2011

Flp. 4, 4-8 ‖ Jn. 15, 1-5

INTRODUCCIÓN

Al comenzar el día de la Patria, desde todos los rincones de Chile y, de manera especial, desde este templo catedral de Santiago, las máximas autoridades, junto los hijos e hijas de esta Tierra, sienten la gozosa necesidad de levantar la mirada hacia lo Alto y entonar un himno de gratitud a Dios por todos los dones recibidos. El asombro por todo "lo verdadero, noble, justo, puro, amable y honorable, y por todo cuanto es virtud y cosa digna de elogio" en la vida de nuestro pueblo, se vuelve invitación a sumergirse en el misterio de Dios y reconocer cómo la Providencia Divina ha inspirando los valores más nobles de nuestra convivencia de hermanos y hermanas.[1]

La Palabra de Dios nos ayuda a entrar en las dimensiones más profundas de la celebración: hemos venido para encontrarnos con el Señor, darle gracias, y pedir de Él la luz y la fuerza necesarias para seguir con mayor ardor en el camino de la justicia, la prosperidad y la paz.

---

[1] Cf. Filipenses 4, 8.

1. “PATRIA”, “PATRIMONIO”

La palabra “patria”, más que nunca en un día como hoy, despierta sentimientos de gozo y de fiesta y encierra profundos significados de vida. En efecto, evoca la más noble de todas las experiencias humanas: la paternidad, la maternidad, la filiación, la fraternidad, la familia. Nos conduce al calor de la intimidad hogareña y a las experiencias más enriquecedoras de la vida humana: el amor de los padres, el milagro de la vida, la fuerza unificadora del hogar, el techo común donde los hermanos se cobijan, el santuario donde se encuentra protección, se comparte dignidad y sueños, donde los dolores y las alegrías de los unos se hacen alegrías o dolores de todos, y donde se aprende a hacer de la vida un don. Es también el espacio espiritual donde, a través del afecto de los padres, es posible vislumbrar la paternidad de Dios y crecer en la confianza, experimentando el gozo de la filiación y de la fraternidad.

¡Cuántos valores humanos, sociales, morales y espirituales encuentran espacio en este concepto y cuántos propósitos de vida, de generosidad, de justicia y solidaridad brotan de él para toda persona y para la comunidad humana que vive bajo el mismo cielo y comparte la misma tierra!

Del término "padre", trae origen también el término "patrimonio", que los diccionarios definen como "el conjunto de bienes que se heredan de los propios ascendientes", o "como el bien común de una colectividad o de un grupo de personas, considerado como herencia valiosa, transmitida por los antepasados".

Desde esta vertiente, que recuerda valores y rasgos esenciales de identidad y convivencia ciudadana, surge la responsabilidad de cuidar y enriquecer el patrimonio que nos pertenece, como también transmitirlo a las nuevas generaciones.

"Son muchos los dones de Dios que contemplamos en nuestra Patria. La belleza y las riquezas de las montañas, los valles y el mar nos hablan a diario del Creador y de su amor a quienes habitamos tan variada geografía. La vocación de libertad y de paz ha plasmado un sistema democrático que, a pesar de sus deficiencias, es estable y abierto al desarrollo. Constatamos la voluntad de dar una educación de calidad a todos los chilenos, el anhelo de mayor equidad, transparencia y honestidad, la creatividad de quienes impulsan la producción y el comercio y crean nuevas fuentes de trabajo. Con alegría constatamos el florecimiento del voluntariado solidario, sobre todo entre los jóvenes, y la capacidad misionera de encender con su fe en Cristo a quienes lo buscan. Nos admira la can-

tidad de familias en las cuales los padres no escatiman ni esfuerzos ni renuncias para dar a sus hijos acceso a la educación y a nuevas oportunidades que ellos mismos no tuvieron. Y es una gracia de Dios la presencia en nuestra Patria del espíritu religioso de su gente".[2]

Esta página de la Conferencia Episcopal de Chile es una hermosa descripción de elementos esenciales que constituyen el patrimonio nacional, "alma madre" de la cual alimentarse siempre, y a en cual inspirarse, especialmente en tiempos de turbulencias.

---

[2] Conferencia Episcopal de Chile. Orientaciones Pastorales (OO. PP.) nº 32.03 Cf.

2. EN LA HUELLA DEL BICENTENARIO QUE HEMOS CELEBRADO

La celebración del Bicentenario de la Independencia Nacional y de los doscientos años del Congreso Nacional, ha sido una ocasión de reencuentro con 'el alma de Chile' y, al mismo tiempo, de proyección hacia su futuro mejor a partir de la fecundidad de los valores esenciales que sustentan nuestra identidad nacional. La vigencia de estos valores quedó de manifiesto en las pruebas sufridas en este tiempo. Reaccionamos unidos como una gran familia, con hondo dolor, con gran solidaridad y con una profunda fe cuando nos azotó el terremoto de febrero de 2010, y cuando el país entero vibró con la hazaña del rescate con vida de los 33 mineros atrapados en el vientre de la tierra. Sufrimos hondamente con los 81 encarcelados que murieron en la cárcel de San Miguel y con sus familias, y surgió con fuerza la voluntad de tratar de otra manera, con misericordia y conforme a su dignidad a quienes perdieron su libertad por delitos cometidos. Y en nuestra patria no se apaga ni la tristeza ni la admiración por quienes perdieron sus vidas en misión de solidaridad con los hermanos del archipiélago Juan Fernández. El país entero los ha encomendado a la misericordia de Dios pidiéndole que muchos chilenos sigan sus huellas de generosidad, de solidaridad y de amor desinteresado.

Cada uno de estos acontecimientos, ha sido un llamado a re-fundar Chile, a orientar la mirada hacia su mejor futuro, a consolidar "el alma de Chile". Vivimos tiempos marcados por profundos y globalizados cambios culturales en los que se advierte la necesidad de volver los ojos a lo esencial, al patrimonio vivo y común de la Patria, es decir, a esos principios y valores que inspiran una recta y adecuada praxis de vida ciudadana. Desde ellos urge responder a los nuevos desafíos del tiempo, para lograr el desarrollo integral de cada uno y de todos los ciudadanos.

Desde el Evangelio del Señor y desde "el respeto de una sana laicidad, que es esencial en la tradición cristiana"[3], la Iglesia Católica, como también las demás Comunidades Cristianas presentes en el país, no han dejado de ser memoria viva del patrimonio cultural de Chile, en cuyo núcleo más profundo se encuentra la experiencia religiosa y la fe en Dios y en Jesucristo, su Hijo, de la inmensa mayoría de nuestro pueblo, "el patrimonio más valioso" que nos legaron los padres. La erosión de este patrimonio y los intentos por diluirlo conllevan el gravísimo ries-

---

[3] Benedicto XVI. Discurso inaugural V Conferencia del Episcopado Latinoamericano, Aparecida, 13 de mayo de 2007

go de perder de un capital incalculable para el futuro de Chile y un atentado a la identidad de su "alma", que sólo puede conducir a agudizar crisis de identidad y de convivencia, ya que, "no basta suponer que la mera diversidad de puntos de vista, de opciones y, finalmente de informaciones que suelen recibir el nombre de pluri o de multiculturalidad, resolverá la ausencia de un significado unitario para todo lo que existe"[4]. La fe cristiana es el regalo más grande que América y Chile han recibido, es la roca que ha dado y dará consistencia a las esperanzas de nuestro pueblo. Quienes profesamos esta fe, a pesar de nuestros pecados y fragilidades internas, no dejaremos de ofrecer las razones y el testimonio de la esperanza que llena nuestra vida "Lo primero que debemos recuperar en nuestro mundo, es la primacía de Dios, porque esta primacía nos permite volver a encontrar la verdad de lo que somos… La historia demuestra dramáticamente que el objetivo de asegurar a todos el desarrollo, el bienestar material y la paz prescindiendo de Dios, se ha resuelto en dar a los hombres piedras en lugar de pan"[5].

---

[4] Ibíd. 42; 13; 36-39.

[5] Benedicto XVI. Homilía del 11 de septiembre de 2011.

3. UNA NACIÓN QUE SUEÑA

Las movilizaciones sociales de los últimos meses, más allá de los signos ambiguos reportados por la cronología, invitan a una reflexión sincera y profunda. ¿No encierran sueños y anhelos de una humanidad más plena, más justa y solidaria? ¿Cómo discernir las semillas de verdad que contienen y cómo recoger los auténticos desafíos que postulan? La respuesta que escuchamos es simple y compleja a la vez: soñamos con "progresar". El progreso pareciera ser la esperanza de la sociedad globalizada y de nuestra propia sociedad. Pero, si es así, es sabio preguntarse, con la debida seriedad: "¿El progreso cuyo autor y fautor es el hombre y la mujer contemporáneos, hace la vida del hombre y de la mujer, en todos sus aspectos, más humana?; ¿La hace más digna de la persona humana? ¿Nos hace, de veras, mejores, es decir, más maduros humanamente, más conscientes de la dignidad propia y de los demás, más responsables, más abiertos a los otros, especialmente hacia lo más necesitados y los más débiles; más disponibles a compartir lo que somos y lo que tenemos?"[6].

---

[6] Cf. Benedicto XVI en Encìclica "Spes Salvi".

Dicho de otra manera, ¿será suficiente fomentar una "antropología instrumental", es decir, centrada en preparar personas competitivas con el mercado global, capaces de enfrentar los requerimientos de la tecnología más avanzada, olvidando la "antropología de sentido" que se pregunta por la esencia de la persona humana, por su vocación personal y social, que es consciente de sí y de sus talentos y capaz de desempeñarse éticamente en la vida personal y social?

Son preguntas que debemos hacernos especialmente los cristianos, precisamente porque Jesucristo nos ha mostrado la dignidad de cada persona y de todas las personas. Y son preguntas que, no me caben dudas, se formulan quienes tienen especiales responsabilidades en la búsqueda y en el ejercicio del bien común. Es necesario hacerse cargo, con absoluta objetividad y sentido de responsabilidad moral, de los interrogantes esenciales que afectan a las personas, especialmente los más pobres, y preguntarse si las conquistas logradas hasta ahora por el mercado y la técnica, y las que están proyectadas para el futuro, están en consonancia con el patrimonio humano, cultural y espiritual del pueblo de Chile. ¿Estamos progresando o retrocediendo en humanidad? ¿Crece, de verdad, entre nosotros el auténtico sentido de la vocación humana, el amor social y el respeto por los derechos de todos? O por el contrario, ¿crecen los egoísmos, el afán competiti-

vo, la tendencia a dominar descalificando a los otros, la búsqueda del éxito fácil, la inclinación a explotar todo el progreso productivo con la finalidad de dominar sobre los demás, o en favor de tal o cual ideología o grupo de poder?

Con mucha razón y profundidad, el Papa Benedicto XVI, contraponiendo esperanzas efímeras con la verdadera esperanza, pone en guardia frente a un desarrollo que no tiene alma. "La ciencia -afirma- puede contribuir mucho a la humanización del mundo y de la humanidad. Pero también puede destruir al hombre y al mundo, si no está orientada por fuerzas externas a ella misma… No es la ciencia la que redime al hombre. El hombre es redimido por el amor…, incluso en el ámbito puramente intramundano."[7].

---

[7] Benedicto XVI. Spes Salvi, nº 25-26.

4. PARA HACER REALIDAD LOS SUEÑOS: UN PATRIMONIO QUE CUIDAR Y TRANSMITIR

¿Cuál es, entonces, el "patrimonio" que estamos llamados a cuidar y que debemos transmitir con responsabilidad a las nuevas generaciones, para que los sueños de Chile se conviertan en gozosa realidad y el progreso sea auténticamente humano?

4.1 El patrimonio de la vida abundante y plena

Patrimonio de Chile, en primer lugar, es el respeto irrestricto y el amor a la vida. Todos los habitantes de la patria tienen derecho a una vida plena, propias de hijos de Dios, vivida en condiciones más humanas y más dignas. Vida libre de toda amenaza y forma de violencia; vida enriquecida por la real posibilidad de desarrollar los talentos recibidos y con derecho a acceder, en forma equitativa, a oportunidades semejantes. El patrimonio de la vida abundante y plena para todos, invita a reconocer y apreciar el don de la vida humana, desde su concepción, en todas las etapas de la existencia y hasta su término natural. Invita, además, a desarrollar estilos de ser y de vivir solidarios, como actitud permanente de encuentro, de hermandad y de servicio, que han de traducir-

se en opciones y gestos visibles de mayor justicia y equidad, fortaleciendo la familia, suprimiendo las graves desigualdades sociales, que hemos definido como "brecha escandalosa", y las enormes diferencias en el acceso a los bienes culturales y materiales, que son patrimonio de todos.

Conocemos las amenazas que se ciernen constantemente sobre la vida humana, incluso bajo la responsabilidad de quienes han recibido la especial tarea de cuidarla como bien público. Los cristianos no dejaremos de levantar la voz para proclamar que la vida es un regalo gratuito de Dios, don y tarea que debemos acoger y cuidar con esmero y derecho anterior al Estado, que nunca es lícito relativizar. No dejaremos de proclamar la buena noticia del matrimonio y de la familia, fundada en el amor y en la donación mutua de un hombre y de una mujer, abierta al don de la vida.

4.2 El patrimonio de la juventud y de la calidad de su educación

Riqueza de extraordinario valor, patrimonio de la Patria son los niños y los jóvenes. Ellos representan un enorme potencial para el presente y el futuro del país. También sobre este patrimonio se ciernen nuevas y preocupantes inquietudes, especialmente las que vienen de la permanente emergencia educativa.

"¿Donde encontrarán los jóvenes puntos de referencia en una sociedad quebradiza e inestable? A veces se piensa que la misión de la educación sea exclusivamente la de formar profesionales competentes y eficaces que satisfagan la demanda laboral en cada momento. También se dice que lo único que se debe privilegiar en la presente coyuntura es la mera capacitación técnica."[8]. No nos engañemos: sería muy pobre una educación que se limitara a dar nociones e informaciones, dejando a un lado la gran pregunta acerca de la verdad, sobre todo acerca de la Verdad que puede guiar la vida. Igualmente pobre sería un proceso educativo que no lograra encontrar el equilibrio adecuado entre libertad y disciplina. La auténtica educación sabe aceptar el riesgo de la libertad de los jóvenes, pero deberá estar atenta a ayudarles a corregir ideas y decisiones equivocadas. Lo que nunca se deberá hacer es secundarlos en sus errores, fingir que no se ven o, peor aún, compartirlos como si fueran las nuevas fronteras del progreso humano[9].

---

8 Benedicto XVI. Discurso "En la casa donde se busca la verdad", Madrid, 19 de agosto de 2011.

9 Cf. Benedicto XVI. Mensaje sobre la tarea urgente de la Educación, Enero 2008.

Dios quiera que la voluntad de diálogo responsable sobre los reales problemas que afectan a la educación logre dar vida a una legislación educativa que sepa integrar armónicamente derecho y libertad de educación, responsabilidad pública y privada, y que tenga como eje central el crecimiento integral de toda persona y de todas las personas, especialmente de las más desposeídas, en comunión y solidaridad de destino.

4.3. El Patrimonio de la justicia y la solidaridad

Patrimonio de la Patria ha sido, y es también hoy, la aspiración constante a un estilo de vida de mayor justicia, integración y solidaridad. Los pueblos originarios tienen derecho a fortalecer su identidad y sus propias organizaciones; la diversidad no es una amenaza cuando está encaminada a la meta común. Es positivo el hecho de que, en muchas ocasiones, nos hemos propuesto hacer de Chile un país de hermanos, para vivir y convivir con mayor respeto y dignidad. Agradecemos las iniciativas públicas orientadas a aliviar las necesidades de los más necesitados, y sobre todo, los cambios estructurales que permitirán más justicia y equidad en la distribución de los bienes. Sin embargo, investigaciones internacionales nos sitúan todavía como uno de los países

con mayor desigualdad en el mundo. ¿No será este un campo privilegiado donde la política deba buscar y arbitrar, con urgencia, mayor bien común? ¿La comunidad política no nace, justamente, para buscar la justicia, la solidaridad y todas aquellas condiciones de vida social, a través de las cuales personas, familias y asociaciones pueden lograr mayor plenitud y felicidad?

Conversando con la gente, especialmente con jóvenes que se definen a sí mismos como "indignados", desencantados de las soluciones que se les ofrece, se puede percibir la urgencia de una verdadera conversión de quienes se dedican a al servicio público. El poder no puede ser la meta de sus aspiraciones o de sus organizaciones; el fin es servir a la justicia y trabajar por la dignificación de las personas. Sólo así la política podrá recuperar el aprecio de la gente y podrá re-encantar a los jóvenes.

4.4. El patrimonio del trabajo y de la empresa

El trabajo, condición originaria del hombre, caracteriza de manera determinante la experiencia de las personas, hombres y mujeres, que encuentran allí la fuente para sostener una vida decorosa para sí y la propia familia. El trabajo es un derecho fundamental y un bien para las personas. Es por eso, alentamos todos los esfuerzos destinados a crear nuevas

fuentes laborales que permitan superar el flagelo de la cesantía y el perfeccionamiento de la legislación que promueva los derechos de los trabajadores.

Nos llena de esperanza que existan empresas que se definen comprometidas con el desarrollo sustentable, con la seguridad y el bienestar de sus trabajadores y con el progreso de la comunidad; empresas empeñadas en ir más allá de las tareas productivas, fomentando actividades y espacios susceptibles de mejorar la calidad de vida de las persona, convencidas de que la Responsabilidad Social Empresarial no es una mera contribución material, sino un enfoque capaz de transformar el mundo. Juan Pablo II en la Encíclica "Centesimus annus" afirma: "El desarrollo integral de la persona humana en el trabajo no contradice, sino que favorece más bien la mayor productividad y eficacia del trabajo mismo"[10]. ¡Qué patrimonio tan precioso para las nuevas generaciones!

---

[10] Cf. Juan Pablo II, Centesimus Annus, 43.

4.5. El patrimonio de la creación y del cuidado por lo creado

Patrimonio de Chile es su magnífica y exuberante naturaleza y sus recursos naturales. Por eso, "damos gracias al Señor por el don de la creación, entregada a la administración del hombre (Gn. 2,15), don hermoso y valioso para todos, para la actual generación y para las que vienen"[11]. Con el magisterio de la Iglesia, afirmamos que "es un error creer que se puede disponer arbitrariamente de la tierra, sometiéndola sin reservas a la voluntad del hombre, como si ella no tuviese una fisonomía propia y un destino anterior dados por Dios, y que el hombre puede desarrollar ciertamente, pero que no debe traicionar"[12]. No es bueno para el futuro de Chile permitir que "el aspecto de conquista y de explotación de los recursos, llegue a predominar y a amenazar la misma capacidad de acogida del medio ambiente y que el ambiente como "recurso" ponga en peligro el ambiente como "casa"[13]. Por eso, "la Iglesia agradece a todos los que se ocupan de la defensa de la vida y del ambiente", recuerda que "la devastación de los bosques y de la biodiversidad mediante una actitud depredatoria y egoísta, involucra la responsabilidad

---

11 Conferencia Episcopal de Chile, Orientaciones Pastorales (OO.PP.), nº 74.

12 Cf. Juan Pablo II, Centesimus Annus, 37.

13 Cf. Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, nº 461.

moral de quienes la promueven" e invita "a todas las fuerzas vivas de la sociedad para cuidar nuestra casa común, la tierra, amenazada de destrucción."[14].

4.6. El patrimonio de la fe y de la religiosidad popular

A la identidad de Chile y su cultura ha contribuido no poco la fe cristiana y la religiosidad popular, especialmente la devoción mariana. La Tirana, Andacollo, Lo Vásquez, Maipú, Auco, Yumbel, son, entre tantas otras, verdaderas fuentes de agua cristalina donde una inmensa muchedumbre de chilenos y chilenas sacia su sed de espiritualidad y oxigena su vida, a veces, llena de tanto dolor. En "la rica y profunda religiosidad popular -ha dicho Benedicto XVI- aparece el alma de los pueblos latinoamericanos."[15]. "Un país fraterno sólo es posible cuando se reconoce la paternidad bondadosa de nuestro Dios", repetía el cardenal Silva, de venerada memoria[16]. Acompañados por la figura maternal de la Virgen del Carmen y acogiendo su invitación a hacer lo que su Hijo nos diga, podremos encaminar nuestros pasos, con serena confianza, hacia el futuro.

---

14 Cf. V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y Caribeño, 473; también, "Mensaje Final".

15 Cf. Benedicto XVI, Discurso Inaugural de Aparecida.

16 Cf. Raúl Silva H, Mi sueño de Chile.

CONCLUSIÓN

Distinguidas autoridades, apreciados amigos y hermanos,

Las dificultades del momento presente constituyen una oportunidad, irrepetible y desafiante, de pensar y proyectar lo más bello y lo más noble de nuestra identidad; oportunidad que es también responsabilidad de hacerlo sobre roca firme, sobre consistencias inconmovibles, arraigados, edificados en Cristo, firmes en la fe (Col. 2,7) o, como recordaba Jesús en el texto evangélico según san Juan, "unidos a la Vid", porque sólo así podemos fructificar abundantemente.

En esta tarea, nadie sobra. Todos estamos invitados a ser "artesanos", es decir, trabajadores conscientes y responsables del rico patrimonio que pasa por nuestras manos.

Imploramos para ello la gracia del Señor y la fuerza del Santo Espíritu para todos los habitantes de nuestra Patria, especialmente para Usted, Señor Presidente, su señora esposa, sus ministros y el gobierno que encabeza. La sabiduría que viene de lo alto lo sostenga e ilumine a los legisladores y jueces, a los miembros de las Fuer-

zas Armadas y de Orden, como también a los dirigentes sociales, a las autoridades regionales y de la ciudad de Santiago. Nuestra oración los acompaña todos los días.

En este día de fiesta y siempre, todo nuestro pueblo experimente la cercanía del Señor y encuentre en Él la esperanza que no defrauda. María, Nuestra Señora del Carmen, Reina y Madre de Chile, nos sostenga en el camino y sea la estrella que nos indica la meta a la cual llegar.

Sin fe, sin confianza,
no se puede sanar
la convivencia herida...

LA CONFIANZA EN DIOS Y EN LOS HERMANOS, CLAVE DEL DESARROLLO DE UN PUEBLO

Santiago, 18 de septiembre de 2012

Josué 24,1-18b ‖ Juan 6,60-69

INTRODUCCIÓN

Desde los umbrales de la Independencia Nacional quiso el pueblo de Chile, a través de la voz autorizada de sus gobernantes, caminar tras los pasos del Señor Jesucristo y bajo el amparo de la Virgen María. Fue así como antes de la batalla de Chacabuco, Don Bernardo O'Higgins declaró a la Virgen del Carmen "Patrona y Generala de las Armas Chilenas" y Don José Miguel Carrera pidió a la autoridad eclesiástica de Santiago que se celebrara la Santa Misa con el Himno del "Te Deum", en esta Iglesia Catedral, para conmemorar y agradecer el primer aniversario de la Patria liberada. Esta ininterrumpida tradición, expresión genuina del alma de Chile, sólo se suspendió en el año 1973 en que, debido a la situación imperante, en vez de entonar un Te Deum, al recordado Cardenal Silva Henríquez le pareció más adecuado reunir a las autoridades del país en una "Oración por Chile", para pedir también por los caídos, en el Templo de la Gratitud Nacional.

Desde ese lejano 1811 hasta el Te Deum que hoy nos congrega, ha pasado el tiempo y la vida de nuestro pueblo por coaliciones gobernantes de distintos signos que han impulsado otros tantos proyectos de desarrollo imposibles de resumir en pocas palabras. No han faltado poetas,

poetisas y antipoetas que han brillado en el universo de las letras, ni sabios y santos que han fecundado nuestra historia.

Todo ello, unido a la vida de cada uno y cada una de sus habitantes nos reúne gozosos en este Te Deum para dar gracias a Dios, el Padre de las luces, de quien viene todo don perfecto.

1. A QUÉ DIOS QUEREMOS SERVIR

Junto a nuestra gratitud resuena con fuerza en esta asamblea la pregunta de Josué, cuando reúne al pueblo que ya ha llegado a la tierra prometida. Después de haber vivido cuarenta años en el desierto y de haber alcanzado la tan anhelada libertad, ha llegado la hora de encontrarse con lo más esencial de la propia identidad, esa identidad fundamento y consistencia de su futuro de pueblo. En Siquén, Josué convocó a "sus ancianos, cabezas de familia, jueces y alguaciles" para madurar una decisión de trascendental importancia: renovar o rechazar la alianza con Yavé. Entonces, Josué los instó a servir al Señor y les dijo: "Si les resulta duro servir al Señor, elijan hoy a qué dios quieran servir… que yo y mi casa serviremos al Señor". Y el pueblo respondió "¡Lejos de nosotros abandonar al Señor para ir a servir a otros dioses! … También nosotros serviremos al Señor: ¡Él es nuestro Dios!" (Jos 24, 15.16.18b).

Sería de esperar que nuestra respuesta a esa pregunta fuera un "Amén" rotundo al Dios de nuestros padres y madres en la fe. Sin embargo, es de temer que la respuesta no sea tan nítida como la que ellos dieron en Siquén o como la que se dio en los momentos fundacionales de la patria.

Al esbozar nuestra reflexión no hay reproche en que seamos un pueblo consciente de su riqueza étnica y que respetemos las tradiciones de los pueblos Mapuche, Aymara y Rapa nui. Muy por el contrario, nos honra dar nuestra respuesta al Señor haciéndonos cargo de la realidad multicultural en que vivimos. No hay reproche tampoco en que existan en Chile diversas expresiones de la fe cristiana, así como de otras creencias religiosas, presentes también en nuestra asamblea. Todas estas expresiones creyentes pueden concurrir, con sus tradiciones y carismas, a entonar una hermosa sinfonía, a la que también pueden sumarse las personas que buscan el rostro de Dios y no lo encuentran.

En verdad, Chile, tiene muchísimo que agradecer en diversos campos de la vida del país, más aún si nos medimos con otros pueblos cercanos y lejanos que son probados por la guerra, el hambre, la miseria e incluso por temibles crisis económicas. Sin embargo, entre nosotros, debido a un esfuerzo compartido, hay menos desempleo, mayor estabilidad económica y mejores condiciones de vida para buena parte de la población, en vez de gratitud aparece una sensación de incomodidad, de insatisfacción, que dificulta visiblemente nuestra convivencia y, por ende, nuestra manifestación de fe en el Señor. ¿A qué puede deberse este sentir?

2. UNA CRISIS DE CONFIANZA

No es el momento para hacer un análisis más pausado. Pero, una de las razones que está en la raíz de este malestar se debe a una crisis de confianza, que se ha transformado en un virus omnipresente que contagia las relaciones de nuestra vida familiar, social, política y también eclesial. Se desconfía de la autoridad, se desconfía de las instituciones, se desconfía de las buenas intenciones y hasta de la viabilidad de los proyectos propios. Esta misma desconfianza tensiona la vida familiar, nos aleja de nuestro prójimo y crea barreras entre grupos y sectores. Por esta razón, el diálogo que necesitamos para solucionar nuestras querellas, se ve interrumpido, coartado, ensombrecido. Y hasta desconfiamos de su factibilidad y eficacia para lograr los acuerdos necesarios.

La desconfianza, por definición es la anti-fe, la anti-creencia en Dios y en los hermanos. Peor aún, tal como la palabra lo indica, la des-confianza despoja… a las personas y a las instituciones que la representan, de la credibilidad básica sobre la cual se construyen las relaciones humanas, los pactos, las leyes, las instituciones. ¡Es imposible crecer en desconfianza! ¡Es imposible educar en desconfianza! ¡Es imposible amar con desconfianza! La desconfianza corta la trama del tejido humano y hace que se desplome

la viga maestra que sostiene la polis, el templo y el hogar. Es urgente trabajar mancomunados, emprender una noble movilización nacional para recrear una atmósfera de fe y de benevolencia que permita confianza mutua en la palabra dada y en la colaboración que posibilite alcanzar el mayor bien común posible.

La historia nos ha hecho ver los estragos que deja servir a los dioses de la violencia, de la guerra, de la riqueza, del placer o del poder. Son demasiados los heridos y hasta los muertos que aun caen víctimas de discursos errados y solemnes profecías con que se entronizan los representantes de estos dioses procurando, en cambio, dejar en ridículo a los que quieren servir a Dios con todo el corazón, con toda la mente y con todas sus fuerzas, y al prójimo como presencia viva de Dios. Hablar de paz mientras truenan los cañones, hablar de justicia y equidad cuando se exaltan sin límites las ganancias, hablar de gratuidad cuando se entroniza el lucro y la usura, parecen frases ingenuas y utópicas, que no calzan con el mundo real. Todo esto alimenta la crisis de confianza que cobra arteramente nuevas víctimas.

Lo peor, es que este ambiente insatisfecho se presta para que aparezcan formas de violencia que, de manera real o simbólica, buscan destruir al adversario o simplemente al que no piensa como yo. Este año lo hemos experimen-

tado cruelmente en diversas formas de intolerancia y de discriminación. Hemos sufrido en las calles de la ciudad, en el corazón de las asambleas vecinales, escolares, regionales, así como en otras formas de reivindicación social. No. Ese no es el mundo que queremos construir si es que, de verdad, queremos decir un sí incondicional al Dios de la Vida, de la Verdad, de la Justicia y de la Paz, que nos quiere hermanos y hermanas.

3. ESCENARIOS QUE NOS DESAFÍAN

Se vuelve, entonces, una misión cívica de enorme trascendencia contribuir a desarrollar condiciones objetivas de confianza, especialmente debido a los escenarios nuevos y antiguos que condicionan nuestro caminar en la historia.

3.1. El escenario cultural

Nos sentimos desafiados, en primer lugar, por "el escenario cultural" vigente. Reconocemos y celebramos lo que nos acomuna, es decir, "lo humano", aquello que es verdaderamente serio y verdadero, como la búsqueda de la verdad, de la justicia, del bien; el respeto incondicional a la dignidad de toda persona humana; la acogida de multiculturalidad, así como los derechos de los pueblos originarios. Con el Concilio Vaticano II, afirmamos que la Iglesia se siente íntimamente solidaria con los justos anhelos de las personas y de la sociedad. Serpentea, sin embargo, y no lo podemos callar, un afán sutil y peligroso por secularizar nuestra cultura, imponiendo estilos y modelos que no están acordes con el sentir de la mayoría de los chilenos. Con mucha fuerza queremos proclamar que no se puede margi-

nar a Dios de la vida de un pueblo, menos aún, para endiosar a la soberbia humana de algunos. Es la tentación original que vuelve cíclicamente a la historia, disfrazada de diversas ideologías que preconizan la privatización de la religión y terminan exaltando el subjetivismo o el colectivismo, relativizando la verdad y condicionando la opción primordial por la Vida. A través de la imagen positiva de "liberación" se quiere invadir la vida cotidiana de las personas y desarrollar una mentalidad en la cual Dios está, de hecho, ausente. No, Dios no es obstáculo al crecimiento humano, muy por el contrario, lo estimula, bendice y garantiza. Él es el primer e insustituible pilar de confianza. "Feliz el hombre que se fía del Señor su Dios…"

3.2. El escenario político

En el campo de lo político enfrentamos también una crisis de confianza, desde luego en las instituciones que lo representan, como lo demuestran las encuestas de opinión. Por una parte, se ha despertado una mayor conciencia de ciudadanía y de respeto por los derechos de todos, que se expresa en los movimientos sociales, en las redes y agrupaciones de la sociedad civil, en las organizaciones regionales, en el nuevo protagonismo juvenil. Estas formas de par-

ticipación interpelan las formas tradicionales de la política de partidos y nos desafían a pensar cómo construir hoy día la vida cívica de Chile. Lo nocivo es sembrar la desconfianza en las autoridades o en estos nuevos movimientos, o bien, en negarse a dialogar limitándose a exigir e imponer intereses parciales. Y, ciertamente, es nocivo el no-argumento de la anarquía, sobre todo en su expresión violenta, que es un signo potente de la desconfianza en todo lo que la sociedad organizada pueda construir.

Es muy necesario ayudarnos a valorar las instituciones básicas del país, comenzando por la familia y la escuela, siguiendo por los Tribunales de Justicia, el Congreso y la Presidencia de la República. Para ello se necesita estar a la altura de las demandas sociales destacando en los hechos dos conceptos esenciales de la construcción de un pueblo: la búsqueda honesta del bien común, por sobre todos los bienes particulares, y el sentido de servicio en todos los quehaceres ciudadanos del país. Estas son formas probadas que ayudarán a derribar la desconfianza que se ha instalado en el debate nacional y ayudarán no poco a dar la propia aportación de participación a la construcción de la ciudad, cumpliendo los más elementales deberes cívicos.

3.3. El escenario económico

El agotamiento de la economía de bienestar que hoy sacude a gran parte de Europa y el endiosamiento de la economía de mercado, han llevado al mundo a una crisis muy aguda, de la cual nuestro país se ha librado, en parte, por la buena administración económica de las coaliciones que nos han gobernado. Sin embargo, hay un comprensible malestar ante la distribución inequitativa de la riqueza que produce desigualdades escandalosas, falta de oportunidades y hasta exclusiones de los beneficios logrados. La derrota de la pobreza extrema, en la que se han dado pasos significativos, debe seguir siendo prioridad en la agenda política.

Pero yendo más a fondo, el Papa Benedicto XVI pone el dedo en la llaga de una urgencia postergada. "El gran desafío que tenemos, planteado por las dificultades del desarrollo en este tiempo de globalización y agravado por la crisis económico-financiera actual, es mostrar, tanto en el orden de las ideas como de los comportamientos, que no sólo no se pueden olvidar o debilitar los principios tradicionales de la ética social, como la trasparencia, la honestidad y la responsabilidad, sino que en las relaciones mercantiles el principio de gratuidad y la lógica del don, como expresiones de fraternidad, pueden y deben

tener espacio en la actividad económica ordinaria. Esto es una exigencia del hombre en el momento actual, pero también de la razón económica misma. Una exigencia de la caridad y de la verdad al mismo tiempo" (Benedicto XVI, Caritas in Veritate, nº 36.5).

"En la Centesimus annus - continúa el Papa - mi predecesor Juan Pablo II señaló esta problemática al advertir la necesidad de un sistema basado en tres instancias: el mercado, el Estado y la sociedad civil. Consideró que la sociedad civil era el ámbito más apropiado para una economía de la gratuidad y de la fraternidad, sin negarla en los otros dos ámbitos. Hoy podemos decir que la vida económica debe ser comprendida como una realidad de múltiples dimensiones: en todas ellas, aunque en medida diferente y con modalidades específicas, debe haber respeto a la reciprocidad fraterna. En la época de la globalización, la actividad económica no puede prescindir de la gratuidad, que fomenta y extiende la solidaridad y la responsabilidad por la justicia y el bien común en sus diversas instancias y agentes. Se trata, en definitiva, de una forma concreta y profunda de democracia económica. La solidaridad es en primer lugar que todos se sientan responsables de todos; por tanto no se la puede dejar solamente en manos del Estado. Mientras antes se podía pensar que lo primero era alcanzar la justicia y que la

gratuidad venía después, como un complemento, hoy es necesario decir que sin la gratuidad no se alcanza ni siquiera la justicia. Se requiere, por tanto, un mercado en el cual puedan operar libremente, con igualdad de oportunidades, empresas que persiguen fines institucionales diversos. Junto a la empresa privada, orientada al beneficio, y los diferentes tipos de empresa pública, deben poderse establecer y desenvolver aquellas organizaciones productivas que persiguen fines mutualistas y sociales. De su recíproca interacción en el mercado se puede esperar una especie de combinación entre los comportamientos de empresa y, con ella, una atención más sensible a una civilización de la economía. En este caso, caridad en la verdad significa la necesidad de dar forma y organización a las iniciativas económicas que, sin renunciar al beneficio, quieren ir más allá de la lógica del intercambio de cosas equivalentes y del lucro como fin en sí mismo" (Ib. 38.1).

3.4. El escenario educativo

No cabe duda que la educación es una realidad insoslayable para el pleno desarrollo del ser humano y de la sociedad, en general, y que, aunque cada administración busca perfeccionar lo recibido, siempre queda un espacio abierto e inacabado. Sobre esta

materia hay mucho que escuchar y algo que decir. Desde luego, que es falsa la oposición entre educación pública y privada, por la simple razón que, independiente de quien la imparta, la educación como tal es un bien público que la sociedad y el Estado deben cautelar. Es de esperar que los nuevos recursos que se espera recaudar, en esta reforma tributaria, vayan en ayuda de los sectores más vulnerables, haciendo confianza tanto en la escuela municipalizada – potenciándola con verdadero interés – como en otras de iniciativa privada, sea de educación gratuita o de financiamiento compartido. Lo esencial, más que los aportes económicos, son los contenidos de la educación, la calidad de los pedagogos y la restauración de un clima de confianza en que todos los miembros de la comunidad escolar puedan hacer su aporte para la formación integral de los alumnos. Ante el actual escenario educativo surge espontánea la pregunta ¿por qué algo que es correcto, en su origen y en sus manifestaciones, se vuelve conflictivo? Nuevamente aparece el virus de la desconfianza que impide sentarse a la mesa del diálogo fecundo para explorar las mejores respuestas a esta necesidad tan sentida como compartida.

3.5. El escenario comunicacional

Es un hecho que, en el actual escenario del mundo y del país, los medios de comunicación social, unidos a las redes sociales, tienen una importancia decisiva. Quienes los dirigen y utilizan prestan el servicio insustituible de relacionar a las personas y a los pueblos a través de la información, la entretención y la formación en valores. Tienen en sus manos poderosos instrumentos que pueden servir para establecer lazos de amistad y restablecer las confianzas perdidas. Pero también pueden contribuir lastimosamente a atizar las desavenencias y conflictos entre los principales actores sociales. Es de esperar que las personas y corporaciones que los dirigen nunca cedan a la lógica del lucro, desvirtuando su naturaleza esencial, ni que movidos por el impacto noticioso pasen a llevar la dignidad inalienable de cada ser humano. En Santiago y en Chile estos medios están en pocas manos, por lo que se puede esperar la gestión de un pacto por la transparencia y la verdad respetuosa de los valores a que aspiramos como sociedad organizada.

3.6. El escenario migratorio

En fin, sería incompleta mi palabra si no hiciera un llamado a la acogida y la confianza a los migrantes que llegan a nuestra tierra en busca de nuevas oportunidades y, en algunos casos, huyendo de situaciones opresivas, como sucedió a muchos chilenos en un pasado no lejano. Nuestra Patria se ha formado con la riqueza que han aportado diversas migraciones a lo largo de su historia. Nuestra Patria se ha enriquecido con el aporte de artesanos, sabios y misioneros que han regalado sus vidas al servicio de Chile y, en especial, a la formación de jóvenes generaciones que han detentado responsabilidades políticas, económicas y sociales en el país. Además, nuestras raíces judeocristianas nos han legado como mandato de Dios la acogida al hermano cuando es forastero… Es de esperar que este mandato, que con tanta gracia cantamos, se haga música en el corazón de los que llegan y jamás sean explotados aprovechando la vulnerabilidad de su situación migratoria.

4. UNA ESPERANZA QUE NO DEFRAUDA

Tanto el mundo de la educación como el religioso y eclesial se ha visto golpeado por los casos de pedofilia y abuso sexual que todos conocemos. Esta es una realidad que nos duele profundamente, sobre todo cuando estos casos involucran a personas consagradas a Dios y al servicio de los hermanos. Por esa razón, la Iglesia universal y la Iglesia local ha tomado medidas muy serias para enfrentar estos delitos, cuando se trata de menores, y para investigar los actos impropios y faltas a la probidad requerida en el ministerio consagrado. Estos hechos han sido causa de desconfianza en la Iglesia y en las confesiones religiosas afectadas por estas denuncias. Ojalá la misma energía que se ha usado para denunciar se utilice también para reconocer y divulgar los procedimientos y las medidas adoptadas por la jerarquía de la Iglesia y los establecimientos educacionales. Y más aún, para reconocer y apoyar las iniciativas de la Iglesia Católica y las confesiones hermanas para erradicar estos males, para predicar la fe y fortalecer la comunión entre todos.

Gracias a Dios, la vida de la Iglesia es mucho más que estos hechos estridentes. Hay en ella una vitalidad entusiasmante basada en la confesión de la fe en Jesús "el Santo de Dios" (Jn 6, 69), y en la certeza de que Él tiene caminos

de vida plena para cada persona y para cada pueblo (Cf Jn 10.10). Esta es la savia siempre nueva que está en el corazón de la formación que seguimos entregando a través de los cientos de parroquias, capillas, colegios, escuelas y movimientos presentes en esta Iglesia de Santiago y en las Iglesias hermanas a lo largo del país.

Casi sin pensarlo, aparece en nuestro discurso la virtud de la Fe que es lo contrario a la desconfianza. La fe en Jesús en cuya palabra "hay Espíritu y hay Vida" (Jn 6, 63), la fe en Dios, nuestro Padre que reúne a los creyentes en la fe de Abraham, así como la fe en nuestro prójimo, quienquiera que sea, y hasta la fe en nosotros mismos. Es la fe humana que tiene su raíz en la Fe divina. Siempre la virtud de la fe que, en su corazón, contiene las certezas que alejan y hasta destierran toda desconfianza. Inmensa es la fe de María, la Madre de Jesús; generosa la fe de Pedro al adherir a Jesús cuando muchos se escandalizan con sus enseñanzas (Jn 6, 62); grande la fe del padre Hurtado y Teresita de los Andes; conmovedora la fe del pueblo sencillo de la Iglesia Santa de cada día.

Sin fe, sin confianza, no se puede recomponer la vecindad ni la convivencia en el barrio, en el foro, en el Congreso o en la Escuela. Sin fe, sin confianza, se deshacen las lealtades, se destruyen los pactos y hasta se aprueban leyes transeúntes sin un serio arraigo en quienes las discuten y

las aprueban. Sin fe, sin confianza, no se puede sanar la convivencia herida, generándose la dispersión de las mejores propuestas y un aislamiento fatídico de cada cual con su verdad, carente de toda credibilidad.

Por eso, este año, convocados por el Santo Padre, al celebrar 50 años del Concilio Ecuménico Vaticano II, viviremos y celebraremos "el Año de la Fe" con iniciativas tendientes a fortalecer la columna vertebral de nuestra comunión. Un año en que nos pondremos al servicio de todos para ayudar a fortalecer la confianza mutua y en que, con humildad, esperamos también ser dignos de la confianza de quienes se han alejado de nosotros.

Junto a la fe siempre habita la Esperanza, esa virtud humilde y necesaria, que invocamos cuando no encontramos el camino o desconfiamos de la ruta que quisiéramos seguir. Es la virtud de lo imposible: esa que hace florecer los desiertos y que se palpa en los brotes de un árbol caído. La esperanza que surge, nueva y novedosa, del vientre de una madre encinta al dar a luz al hijo de sus entrañas. La esperanza que está inscrita en el ADN de la persona y que la lleva a creer en la posibilidad del hoy y del mañana.

Así como en el corazón de la Fe se encuentra la certeza y la verdad, en el corazón de la Esperanza habita el amor en plenitud. La realidad siempre posible del amor. Es verdad que solemos decir esperanza cuando pensamos en el futuro. No dejemos de lado el corazón de la esperanza que nos habla del presente. Eso es esencial, pues, en medio de las dificultades y vicisitudes del presente, la esperanza nos asegura el hecho de poder amar y ser amados hoy día, mañana y siempre. De esa manera, y junto a la Fe, ella se transforma en la virtud de la confianza.

Al concluir estas reflexiones, nuestra mirada se dirige hacia Dios, nuestro Padre, quien desde los albores de la creación ha puesto toda su confianza en su hijo, el ser humano, y lo ha capacitado plenamente para llevar adelante sus proyectos. Nuestra esperanza la depositamos en Jesús resucitado, porque "nosotros hemos creído y conocido que Tú eres el Santo de Dios…" (Jn 6,69). Y nuestra capacidad de amar la confiamos al Espíritu Santo, que renueva constantemente las personas y las obras de la creación.

Nuestra Señora del Carmen, Madre de Chile, ¡ruega por tu pueblo que confía en ti!

Soñemos con un país en que las personas estén exactamente en el centro de nuestra preocupación...

EL BIEN COMÚN DE CHILE, FUENTE DE JUSTICIA Y ESPERANZA

Santiago, 18 de septiembre de 2013

Daniel 2, 31-35 ‖ Mt 5, 1-12

INTRODUCCIÓN

Una significativa Asamblea se congrega en esta Iglesia Catedral de Santiago, para conmemorar el Día de la Patria, con la mirada puesta en el futuro, como se hizo el día de la Independencia Nacional cuyo nuevo aniversario celebramos. Ese día también se reunieron los vecinos y notables de Santiago, en representación de la institucionalidad incipiente, para juramentarse por la libertad ante el mismo Cristo que hoy preside nuestro altar, inspirando y dando sentido a los últimos 203 años de nuestra historia.

Y como no hay futuro sin memoria, el presente nos brinda la oportunidad de dolernos de nuestros desencuentros, pasados y recientes. Estos han sido muy recordados, con testimonios contrastados de los últimos días de la Unidad Popular, el Golpe de Estado y el establecimiento del Régimen Militar. Son necesariamente relatos fragmentarios que dependen del recuerdo y del lugar desde donde hablan los testigos, aunque delatan también el deseo llegar a una historia única y depurada de lo sucedido. Todo eso merece nuestro respeto. Sin embargo, creemos necesario no perder la visión. El Comité Permanente de la Conferencia Episcopal de Chile lo ha recordado hace unos días: "Verdad, justicia y reconciliación: es el camino

que hemos propuesto para una vida digna y una convivencia humanizante. Más que nunca seguimos creyendo en esta vía, a pesar de las dificultades que se le oponen. Es el camino que Jesús ofrece para alcanzar una Patria grande de hermanos y hermanas.”. Nos alegrarnos sinceramente por lo que juntos hemos logrado construir, lo que resulta aún más meritorio cuando, dejando de lado nuestras desconfianzas, hemos mancomunado iniciativas diversas, complementarias, y a veces contrastantes, para reconstruir la anhelada democracia. Lo sabemos por experiencia: las dificultades nunca cierran el camino.

1. EL SUEÑO DE NABUCODONOSOR

La Palabra de Dios, como siempre, nos ilumina y nos previene, para no caer en la tentación de construir un ídolo con pies de barro, por muy nobles que sean los materiales que moldean su estructura. El oro, el cobre, la plata, el bronce y aún el hierro, no lograron su objetivo porque el barro, aún unido al hierro, fue incapaz de sostenerla. Bastó un guijarro, desprendido inocentemente de la tierra, para que esa estatua esplendorosa, que daría gloria al pueblo de Babilonia, se viniera abajo con gran estrépito y fuese enteramente reducida a un polvo fino que se llevó el viento, "sin dejar rastro alguno" de su majestuosidad.

Sin embargo, Nabucodonosor no es el personaje principal de esta historia. Él fue la ocasión. Lo que él tuvo fue un sueño intrigante que solamente el joven Daniel logró adivinar e interpretar, cosa que no habían podido realizar "los magos, los adivinos y los astrólogos" del imperio. El sujeto representado en el sueño no fue el Emperador, sino las sucesivas dinastías "de un reino dividido" […] "que no llegarán a ligarse pues no se puede fundir el hierro con el barro". Así terminará por destruirse el reino y desaparecer la dinastía reinante por culpa de un simple guijarro que crecerá y acabará con esos reinos.

Esta parábola trae a la mente la aventura de David y Goliat y tantas señales que nos ha dado Dios desde la Creación, para que no cometamos la locura de endiosarnos en nuestra historia política, religiosa, económica y social. Cuando eso sucede, tendemos a fijar la mirada en lo que hemos hecho, deteniéndonos en los resultados más destacados de nuestras respectivas empresas y, afirmados en lo propio, desacreditamos las obras anteriores o de quienes caminan con nosotros. Así hemos visto pasar reinados de distinto signo que han terminado en tragedia o en la debilidad del barro que no se mezcla con el hierro.

Esta manera tan parcial de construir la historia nos enfrenta especialmente en tiempo de elecciones y así, cada tantos años, volvemos a recomenzar, exigiendo un enorme esfuerzo a las instituciones del país y a los propios ciudadanos. Este desgaste está representado en la estatua que termina por tierra, hecha polvo, derrochando esfuerzos nobles y buenas intenciones.

2. LA BASE FIRME DE UNA NUEVA CONSTRUCCIÓN

Llegados a este punto nos podemos preguntar, ¿Cómo poder contribuir a la solución de los acuciantes problemas sociales y políticos, y responder al gran desafío de la pobreza y de la exclusión? ¿Cómo hacerlo en un país que se encuentra en un profundo proceso de cambio político, social y cultural, en que parece asomarse el inicio de un nuevo ciclo, de una nueva etapa, con sus correspondientes desafíos para nuestra convivencia democrática?

Hay signos de que nuestro ropaje institucional nos queda estrecho y surge la expresión ciudadana pidiendo cambios y reformas profundas. La desigualdad económica y de oportunidades parece un mal endémico difícil de corregir, condenando a la exclusión injusta y a la invisibilidad a varios colectivos sociales, como son, inmigrantes, mujeres, jóvenes, personas con discapacidad, grupos étnicos, entre otros.

El Papa Benedicto XVI, al inaugurar la Conferencia Eclesial de Aparecida, nos brinda al respecto un aporte luminoso:

"Los problemas de América Latina y del Caribe, así como del mundo de hoy, son múltiples y complejos, y no se pueden afrontar con programas generales […].

"En este contexto es inevitable hablar del problema de las estructuras, sobre todo de las que crean injusticia. En realidad, las estructuras justas son una condición sin la cual no es posible un orden justo en la sociedad. Pero, ¿cómo nacen? ¿Cómo funcionan? Tanto el capitalismo como el marxismo prometieron encontrar el camino para la creación de estructuras justas y afirmaron que éstas, una vez establecidas, funcionarían por sí mismas; afirmaron que no sólo no habrían tenido necesidad de una precedente moralidad individual, sino que ellas fomentarían la moralidad común. Y esta promesa ideológica se ha demostrado que es falsa. Los hechos lo ponen de manifiesto"[…]

Las estructuras justas son una condición indispensable para una sociedad justa, pero no nacen ni funcionan sin un consenso moral de la sociedad sobre los valores fundamentales y sobre la necesidad de vivir estos valores con las necesarias renuncias, incluso contra el interés personal […].

Ciertamente existe un tesoro de experiencias políticas y de conocimientos sobre los problemas sociales y económicos, que evidencian elementos fundamentales de un Estado justo y los caminos que se han de evitar. Pero en

situaciones culturales y políticas diversas, y en el cambio progresivo de las tecnologías y de la realidad histórica mundial, se han de buscar, de manera racional, las respuestas adecuadas y debe crearse —con los compromisos indispensables— el consenso sobre las estructuras que se han de establecer".

Por esta razón, en medio de nuestras disensiones, muchas veces respetables y hasta necesarias, creemos sinceramente que lo importante no está en fijar la mirada en lo propio para presumir y ni siquiera en lo ajeno para denostar, sino en el Bien Común que, como su nombre lo indica, es el mayor bien de la vida en sociedad. "Trabajar por el bien común es cuidar, por un lado, y utilizar, por otro, ese conjunto de instituciones que estructuran jurídica, civil, política y culturalmente la vida social, que se configura así como polis, como ciudad. Se ama al prójimo tanto más eficazmente, cuanto más se trabaja por un bien común que responda también a sus necesidades reales".

Los países que, en esta empresa, junto a sus logros tienen la sabiduría de integrar e incluir sus heridas y desencuentros, son ciertamente capaces de inaugurar una democracia más exigente y cualitativamente más robusta. Como pastor, tengo la plena certeza de que en Chile lo podemos hacer.

En este sentido, animamos a los jóvenes a seguir haciendo sus aportes al Bien Común de la sociedad, con su estudio y capacitación, con sus energías y anhelos de justicia, con todos los medios no violentos a su alcance. Lo hago con palabras del Papa Francisco, en la reciente Jornada Mundial de la Juventud: "No se metan en la cola de la historia. ¡Sean protagonistas! ¡Jueguen para adelante! ¡Pateen adelante! ¡Construyan un mundo mejor! ¡Un mundo de hermanos, un mundo de justicia, de amor, de paz, de fraternidad de solidaridad !" (Papa Francisco, Discurso a los Jóvenes 27 de julio de 2013).

En eso no nos hacen un favor los jóvenes con rostro cubierto y con piedras en las manos.

3. ASUMIR EN CONJUNTO LOS TEMAS-PAÍS

Leyendo y releyendo la prensa de estos días, escuchando en los medios a los actores políticos y sociales que vuelven a juzgar el pasado, percibimos la imperiosa necesidad de concentrarnos en los temas fundamentales del presente y del futuro, para establecer plataformas firmes de justicia, con pies de hierro, desde las cuales se pueda seguir creciendo, seguir edificando. Es la necesidad de tener temas-país, por lo menos, en educación, salud, familia, previsión. Si hemos sabido hacerlo en varias materias, ¿qué impide que podamos intentarlo en otras áreas?

Ante el clamor de la muchedumbre que pide pasos decisivos en educación o en salud, por dar ejemplos actuales, ¿quién puede pensar seriamente que seremos capaces de hacerlo sin consentimientos de fondo compartidos y de la noche a la mañana?

La seriedad de la acción política y social requiere de otros métodos y la credibilidad de sus agentes, de otros plazos. No intentarlo significaría, en parte, que por delante del proyecto se pone el nombre de quien lo patentó: la famosa "marca registrada"… Y, ¿qué es más importante, la patente o el proyecto? ¿No sería aún más noble que, en el largo plazo, los proyectos llevaran como marca registra-

da la "denominación de origen", es decir, el nombre del país que los gestó? ¿La educación en Chile, la salud en Chile, la previsión en Chile… en vez de la educación, la salud o la previsión de tal o cual coalición?

El Bien Común que debe prevalecer por sobre los bienes particulares, si es tal, ya lo decía el Papa Benedicto, tiene que ir unido a los pilares que dan sustento a de toda convivencia: la verdad, la justicia, la libertad, la fraternidad, la solidaridad. Y también requiere de virtudes más subjetivas, como son la empatía, el empeño por conocer y apreciar a los demás, el deseo de "salvar la proposición del prójimo". De lo contrario, los mismos pilares objetivos del Bien Común se debilitan y deterioran con la reiteración de las sospechas, las descalificaciones o el ninguneo (como se dice comúnmente en Chile). Y basta un solo guijarro para que se venga abajo lo que con enorme esfuerzo se ha logrado levantar.

¿No será ésta una de las causas del malestar, que a pesar de los progresos evidentes, atraviesa la convivencia nacional? Al respecto, me permito recordar un pensamiento expresado en el Te Deum del año pasado, que recibió la benévola acogida de los dirigentes del país:

"No es el momento para hacer un análisis más pausado. Pero, una de las razones que están en la raíz de este malestar se debe a una crisis de confianza que se ha trans-

formado en un virus omnipresente que contagia todas las relaciones de nuestra vida, ¡y esto sí que es reprochable! Se desconfía de la autoridad, se desconfía de las instituciones, se desconfía de las buenas intenciones y hasta de la viabilidad de los proyectos propios. Esta misma desconfianza tensiona la vida familiar, nos aleja de nuestro prójimo y crea barreras entre grupos y sectores. Por esta razón, el diálogo que necesitamos para solucionar nuestras querellas, se ve interrumpido, coartado, ensombrecido. Y hasta desconfiamos de su factibilidad y eficacia para lograr los acuerdos necesarios [...]

¡Es imposible crecer en desconfianza! ¡Es imposible educar en desconfianza! ¡Es imposible amar con desconfianza! La desconfianza corta la trama del tejido humano y hace que se desplome la viga que sujeta el templo, la polis y el hogar".

Por lo mismo, hay que enriquecer el cultivo de la confianza con la "cultura del encuentro", que implica la actitud más activa de hacerme cargo del otro, de comprometerme con su cuidado, con su crecimiento, con su libertad, porque en la diversidad que Dios nos ha regalado está también nuestra riqueza. No se trata sólo de "tolerar" al que es distinto - actitud minimalista - sino de "celebrar" con magnanimidad nuestras diferencias, expresándolas con libertad, con cuidado y con respeto, para acrecentar la riqueza de nuestras ideas y valores.

4. EN UNA SOCIEDAD MULTICULTURAL Y CON SUEÑOS COMUNES…

Para nadie es un misterio que nuestra historia actual se desarrolla en el contexto de lo que podríamos denominar "una fractura cultural". Sus expresiones son muy variadas, y a veces muy urgentes. Son los "indignados", los "movilizados", que se manifiestan mientras otros muchos permanecen indiferentes. Son los que buscan "empoderarse" por doquier, especialmente en las minorías emergentes, exigiendo formas democráticas más participativas tanto en la sociedad como en las Iglesias.

A propósito, nos enriquece la reflexión del Papa Francisco con los políticos y dirigentes de Brasil:

"Además del humanismo integral que respete la cultura original y la responsabilidad solidaria, considero fundamental para afrontar el presente, el diálogo constructivo. Entre la indiferencia egoísta y la protesta violenta, siempre hay una opción posible: el diálogo. El diálogo entre las generaciones, el diálogo en el pueblo, porque todos somos pueblo, la capacidad de dar y recibir, permaneciendo abiertos a la verdad. Un país crece cuando sus diversas riquezas culturales dialogan de manera constructiva: la cultura popular, la universitaria, la juvenil, la artística, la tecnológica, la cultura económica, la cultura de la familia y de los medios de comunicación. ¡Cuánto diálogo hay!

Es imposible imaginar un futuro para la sociedad sin una incisiva contribución de energías morales en una democracia que se quede encerrada en la pura lógica o en el mero equilibrio de la representación de los intereses establecidos. Considero también fundamental en este diálogo la contribución de las grandes tradiciones religiosas, que desempeñan un papel fecundo de fermento en la vida social y de animación de la democracia. La convivencia pacífica entre las diferentes religiones se ve beneficiada por la laicidad del Estado, que, sin asumir como propia ninguna posición confesional, respeta y valora la presencia de la dimensión religiosa en la sociedad, favoreciendo sus expresiones más concretas".

Me atrevo a decir, entonces, que enfrentamos una crisis cultural y espiritual de hondas dimensiones, atizada por un individualismo de personas y de grupos, que no nos puede dejar indiferentes a la hora de asumir un futuro donde todos tengan el lugar que les corresponde. Es lo que hace un tiempo dijimos con el lema: "Chile, una mesa para todos".

5. LA PALABRA ILUMINADORA DEL EVANGELIO

Ante este gran desafío, en la tradición cristiana, emerge con belleza y contundencia la sabiduría el Sermón de la Montaña y, en especial, las Bienaventuranzas que se acaban de proclamar. En ella los protagonistas no son los poderosos, ni los ricos, ni los eruditos, ni los que determinan el futuro inmediato de las poblaciones. Los protagonistas son los pobres, los afligidos, los desposeídos, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los que trabajan por la paz.

Las Bienaventuranzas nos invitan a cimentar nuestra convivencia no en el hierro mal mezclado con el barro, sino en la roca de la Palabra de Dios. Y esa firmeza se expresa, necesariamente, en el cuidado por los más desfavorecidos de nuestra sociedad que esperan que la justicia sea para ellos una madre que los acoja, los honre y los invite a la mesa de todos. No sólo por piedad, que ya sería un sentimiento humano, sino para que dispongan de aquello que en justicia se les debe.

En palabras del Papa Francisco, “el futuro exige hoy la tarea de rehabilitar la política, que es una de las formas más altas de la caridad. El futuro nos exige también una visión humanista de la economía y una política que logre

cada vez más y mejor la participación de las personas, evite el elitismo y erradique la pobreza". Y para realizar esta misión urgente nos ha invitado con gran lucidez a "peregrinar hacia las periferias existenciales de la sociedad". Respondiendo a este llamado, sólo quisiera referirme a dos de ellas:

Entre los marginados y excluidos de la mesa del progreso están los adultos mayores… Se han dado pasos, pero no basta; sobre todo teniendo en cuenta la mayor longevidad y el aumento de la media de edad de los chilenos.

Por otra parte, está la minoría silenciosa de las personas con discapacidades o capacidades diferentes, ¡el 12,9 % del país! y aquellos jóvenes y niños de quienes el Estado aún no se ha hecho cargo de manera justa y eficiente. Se cree que con un aporte del 40 o 50% del costo, por parte del Estado, pueden funcionar casas de acogida, asilos de ancianos, aldeas de niños, fundaciones dedicadas a la discapacidad física, psíquica e intelectual. O bien, se cree que con una Teletón bien organizada, ya se obtienen los medios requeridos. Obviamente, no es así.

Estos son tema-país que conciernen a la sociedad civil y que afectan diariamente a tantas familias que tienen abuelos, abuelas, hijos e hijas en esta condición. ¿No es pensable un pacto social entre el Estado y la Sociedad Civil para afrontarlos? Nuestra sociedad no será sana mientras no los enfrentemos como es debido.

CONCLUSIÓN

Autoridades, amigos y amigas, hermanos y hermanas:

El Sermón de la Montaña es un monumento a la fraternidad. Está basado en nuestra común descendencia del Padre Dios que no admite discriminaciones de raza, sexo, creencia o increencia. Una fraternidad que, cuando se olvida, nos lleva a actuar como Caín, perdiendo la cordura y abandonando los medios más humanos. Es la locura que lleva a alistar cohetes y a poner la confianza en las armas de la muerte. Este nunca ha sido el camino. ¡Nunca!

En cambio, cuando se da espacio real a la fraternidad y se cree en ella, podemos enfrentarnos con la verdad, expresada con respeto, con amor, con franqueza y con afecto, y con un diálogo incansable manteniendo abiertas las puertas al reencuentro y a la convivencia en paz.

En estos días en que se ha recordado los 50 años del "sueño de Martín Luther King" (28 de junio de 1963), séanos permitido soñar desde la fe, junto a mis hermanos obispos y pastores de Iglesias hermanas, y a quienes representan a la comunidad judía y al Islam:

Soñemos con un país en que redescubramos la gratuidad en nuestras relaciones personales e institucionales; soñemos con un país en que las personas estén exactamente en el centro de nuestra preocupación y de nuestro quehacer; soñemos en reconocernos como hermanos, como hermanas, más fraternos aún con los más débiles, vulnerables y discapacitados; soñemos en que el mayor interés no lo tenga el dinero sino el crecimiento de las personas y la felicidad de sus familias; soñemos con que Chile sea, en verdad, una mesa para todos, también para los que emigran buscando en esta casa nuevos horizontes para su vida; soñemos en un país sin discriminaciones de ninguna especie; soñemos con un país de mano tendida y rostro descubierto; soñemos con un país justo, fraterno y solidario.

¡Soñemos con un país reconciliado! ¡Soñemos con país esperanzado!

Y con la bendición de Dios y la materna intercesión de la Virgen del Carmen, siempre presente en nuestra historia, hagamos lo imposible porque estos sueños se hagan realidad.

Jesús nos ha marcado el camino llevándonos a amar y servir sin condiciones, especialmente a los más pobres...

CAMINEMOS A LA LUZ DEL SEÑOR

Santiago, 18 de septiembre de 2014

Is 2, 2-5 ‖ Lc 7, 18-22 ‖ Ps 125

INTRODUCCIÓN

Una nueva página de nuestra historia se abre cada vez que se inaugura un nuevo Gobierno, se renueva el Parlamento y otras instituciones del Estado. Así hemos avanzado, entre luces y sombras, desde la primera Junta Nacional en que se inauguró el libro de nuestra independencia hasta este primer Te Deum del nuevo gobierno de la Presidenta Bachelet.

1. NUESTRAS CONVICCIONES Y ESPERANZAS

1.1. En la persona y enseñanza de Jesús

Este es un momento señero para levantar la mirada y para meditar sobre nuestras convicciones y esperanzas y ponerlas en común. ¿Qué es lo que esperamos de este tiempo? ¿Cuál es el anhelo más profundo de Chile?

Para quienes creemos y esperamos en Jesús, los signos de nuestra convicción y de nuestra esperanza son muy claros: son los que vieron los discípulos de Juan Bautista cuando fueron a verificar sus esperanzas: "Los ciegos ven, los cojos caminan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres reciben la Buena Noticia" (Lc. 7,22). Es lo propio de un Dios que entra en el corazón de la humanidad para levantarla y redimirla, privilegiando siempre a sus hijos más desvalidos.

Por esa razón debiésemos tener una especial sensibilidad por los leprosos, es decir, por los excluidos y los marginados de cada tiempo, así como por los pobres y las nuevas formas de pobreza que se verifican entre los ancianos, los migrantes y tantos otros,

invisibles a los ojos de la sociedad, como quienes padecen tantas formas de discapacidad, abandono o de un vacío del cual tratan de huir. En su servicio se juegan nuestra fe y nuestras esperanzas y nuestra capacidad de solidaridad.

1.2. En nuestra historia patria

Y volviendo la mirada a nuestra historia, que es otra fuente de convicciones y esperanzas por ser el espacio donde construimos nuestra convivencia, a veces difícil, basada en el derecho, en la justicia y en el servicio a los más desposeídos, no hay que olvidar otros volúmenes que fueron escritos con la vida y las gestas de quienes nos antecedieron. Ahí están los pueblos originarios que nos han heredado una singular riqueza cultural. También la de quienes llegaron desde el viejo continente en espíritu de conquista y deseos de establecerse en las tierras de la Nueva Extremadura. Ambos nos marcaron con su dignidad y su bravura.

Desde entonces fue creciendo nuestra historia con variados aportes culturales de migraciones, que han dejado su huella en nuestra fe cristiana así como en la cultura, la enseñanza, la empresa, la agricultura, las artes. Gentes esforzadas que llegaron a Chile, a veces, en precarias condiciones económicas y supie-

ron establecerse y desarrollarse en esta tierra de acogida. A ellos se suma el intercambio más permanente entre chilenos y argentinos que van y vienen de acuerdo a los azares de cada historia. Hoy nuestra tierra ha atraído a nuevos invitados a la mesa de todos, especialmente desde el lejano y el medio Oriente, y desde países cercanos, como Bolivia, Perú, Colombia, Haití, y a un rosario de rostros llegados de diversos continentes. Más razón para brindar una acogida digna y cálida a los inmigrantes, verificando "como quieren en Chile al amigo cuando es forastero…".

La globalización, la movilidad humana, la facilidad de los desplazamientos, el turismo y la misma civilización digital, nos han ido enriqueciendo y desafiando con diversos aportes culturales, nuevas costumbres y maneras de pensar. Además, nos hemos hecho más conscientes de la riqueza multiétnica y cultural al interior del país, y no sólo del mundo mapuche, pascuense y aymara. Nos equivocamos cuando pensamos a Chile de manera unívoca o creemos que lo real es sólo lo que existe en los Medios de Comunicación o en las redes sociales. No es así. Eso se descubre recorriendo el país y compartiendo con sus habitantes. Hay entre nosotros muchas diferencias enriquecedoras, así como otras que hay que erradicar por ser producto de injusticia, de falta de oportunidades o de un centralismo endémico.

1.3. En medio de una historia agitada

Por otra parte, Chile no es un pueblo aislado del mundo, aunque a veces tengamos una mirada demasiado centrípeta. Una sociedad globalizada puede ser fuente de enormes bendiciones para la humanidad y nos ayuda a comprender que, como hijos e hijas de Dios, compartimos la tierra como hogar común.

Pero también basta aguzar la mirada, comenzando por nuestra América, llamada a ser "la Patria Grande", como por otras regiones que en estos tiempos se desangran en luchas siempre fratricidas. Cada semana hay miles de muertos como resultado de la intolerancia, de deudas históricas y faltas de justicia. La humanidad -ha recordado el Papa Francisco- "no ha aprendido todavía que la guerra es una locura" (14.09.2014). Con él, nosotros también levantamos nuestra voz para gritar: "¡Basta ya!". ¡Son demasiados los excluidos! Hay más de cien mil desplazados en lrak, siguen muriendo africanos empobrecidos que sueñan un futuro lejos de casa, niños migrantes en los Estados Unidos, niñas rehenes de Boko Haram y, en pleno siglo XXI, torturas inauditas, comercio de órganos, tráficos de mujeres y de niños. Una verdadera esclavitud. Todo eso nos habla de una

humanidad perpleja que no encuentra maneras de convivir en paz y de un quiebre cultural en Occidente y también en Medio Oriente, que nos lleva a vivir sumergidos en el miedo, en medio de guerras y revoluciones devastadoras.

También en nuestra convivencia han brotado signos de preocupación: el narcotráfico que envenena el alma y las vidas de tantos jóvenes, la violencia de las bombas que producen inseguridad y temores, los tiroteos en nuestras poblaciones, los asaltos y los robos...

Nuestro dolor e indignación busca esperanza en las palabras del profeta: "Al final de los tiempos estará firme el monte de la Casa del Señor. Él será el árbitro de las naciones, el juez de pueblos numerosos. De las espadas forjarán arados y de las lanzas podaderas. No alzará la mano pueblo contra pueblo, ya no se adiestrarán para la guerra" (Is. 2, 1.4).

Y esta esperanza, lejos de ser una ilusión, se puede cumplir en la medida en que aprendamos a hacer silencio para escuchar la Voz de Dios que habla en lo íntimo de la conciencia de cada uno de nosotros, creyentes y no creyentes. Allí anidan los potentes deseos de paz que grita nuestro corazón y que acalla el rugido de las armas y de la violencia.

2. UNA NUEVA CONVIVENCIA, MÁS ACOGEDORA, MÁS INCLUSIVA, MÁS INTEGRADORA

Por esta razón, esta nueva página de la historia patria demanda de nosotros una forma también nueva de convivencia: más acogedora, más inclusiva, más integradora, que destierre la desconfianza y el miedo. Una manera más participativa de resolver los desafíos actuales, que permita el diálogo y llegar a una convivencia entre todos con la dignidad que Dios nos ha dado y procurando, también entre todos, una vida más plena, más amable, más grata.

Para ello se requiere un empeño activo y no violento para desterrar aquellas realidades intolerables que, con razón, nos tensionan. Es intolerable que en un mismo suelo haya ciudadanos de primera, de segunda, y a veces de tercera. Eso no es de Dios. Es intolerable que seamos incapaces de derrotar la pobreza extrema y que los pobres sigan esperando. Eso no es de Dios. Es intolerable que no nos apliquemos a dignificar la vida de cada familia, aspiración sentida y buscada, especialmente por los jóvenes. Eso no es de Dios. ¿Cómo es posible que una gran mayoría de padres y madres de familia deban invertir entre dos y cuatro horas de su tiempo, diariamente, en desplazarse de su hogar al lugar de trabajo, en vez de invertirlo en descanso y trato con sus hijos? ¿Cómo es posible que en la

enfermedad los más pobres no tengan acceso a una salud digna, expedita y eficaz? ¿Cómo es posible que en nuestra sociedad sigamos discriminando a mujeres, a niños, a indígenas, y a personas pertenecientes a otras minorías? ¡Ciertamente todo esto no es de Dios! Como tampoco es de Dios que 700.000 mil jóvenes ni estudien ni trabajen. No es de Dios que no logremos una educación de calidad para los niños y jóvenes de nuestra Patria, superando la mera información con una formación integral, ofreciéndoles, al mismo tiempo, alas para volar alto y raíces profundas para no perder el norte.

La Iglesia que, siguiendo las huellas de su Maestro, ha sido pionera en Chile en educación y en salud, en dar albergue a los enfermos y desamparados; la que en nuestra historia ha sido defensora y promotora de los derechos humanos desde los tiempos coloniales; la que hoy sirve con decenas de hogares de ancianos, de menores vulnerados y otros también para personas que padecen discapacidades mentales; la Iglesia que está al servicio de las familias que quieren educar a sus hijos desde el mensaje del Evangelio y que con diversas iniciativas acoge a los migrantes, acompaña a los presos, socorre a los últimos, esta Iglesia tantas veces criticada, y con razón, por nuestros errores y pecados, que hemos reconocido y por los cuales hemos pedido perdón con humildad..., esta Iglesia, tiene mucho que ofrecer para el presente y el futuro del país. Así también los hermanos de otras confesiones cristianas o religiosas con quienes concelebramos el Te Deum.

Pero para eso, no podemos abdicar de la savia solidaria del Evangelio de Jesucristo que nos urge a defender la vida, la familia y a ofrecer una educación integral a las generaciones más jóvenes.

Propiciamos el Evangelio de la Vida, desde la concepción de una persona hasta su muerte natural y durante todo el transcurso de su existencia, así como la de quienes han nacido en condiciones de pobreza inhumana o con alguna discapacidad física o mental. Y somos firmes defensores del amor conyugal y de la familia, fundada en el Matrimonio, como la célula constitutiva de la sociedad, ante las diversas formas de reduccionismo presentes en la cultura contemporánea. Queremos promover el diálogo fraterno y sincero, así como las diversas formas de asociatividad, convencidos de que hemos sido creados para vivir en comunión y que la sociedad civil y las instituciones sociales tienen mucho que aportar a nuestra convivencia. En síntesis, queremos contribuir decididamente a la felicidad y a la paz de los chilenos y chilenas, sin distinción alguna de raza, de credo o de condición social.

En estos temas aparecen obviamente nuestros distintos puntos de vista que debiésemos expresar y sopesar como aportes responsables al debate y no como posiciones cerradas y beligerantes. Para ello creo que todos debemos

aprender a hacer silencio para escuchar al otro. Hay que cuidar no sólo el lenguaje sino nuestra tendencia a ser intransigentes. Necesitamos aprender a conversar y a debatir, venciendo la idea obsoleta de considerarnos enemigos en vez de leales adversarios en busca del bien común. No puede ser que pasemos de la discusión a la exigencia, de la exigencia a la toma, de la toma a la ocupación "hasta las últimas consecuencias". En un clima de diálogo, la movilización social, especialmente la de los jóvenes -que valoramos- no tiene por qué recurrir a la violencia para vocear sus causas. La confianza supone tratar a los otros con ese grado de fe que permite crecer en los acuerdos compartiendo sueños y proyectos de bien común.

En esta materia todos debemos dar pasos nuevos. De manera especial quienes compartimos el mensaje de Cristo que invita a ser "una Iglesia en salida", que acoge, que se involucra, y se distingue por su actitud de servicio. Una Iglesia con "olor a Evangelio", preocupada por la persona humana concreta, singular, especialmente de aquellas que sufren injusticia o viven en lo que el Papa llama "periferias sociales y existenciales". Todos nosotros, creyentes y no creyentes, necesitamos pasar de la indiferencia al involucramiento; de la tolerancia al respeto; del respeto al mutuo aprendizaje; de la desconfianza al "yo te creo", del "yo te creo" a reconocerte como hermano, como hermana o, al menos, como colaborador de un "proyecto país" en aras del bien común.

3. UN GRAN "PROPÓSITO NACIONAL"

En otros tiempos de nuestra historia tuvimos la cordura de meditar sobre el "alma de Chile" y agruparnos en torno a valores fundamentales. En tiempos en que no se vislumbraba una salida pacífica al régimen autoritario, un grupo de laicos de diferentes horizontes políticos tuvo la audacia de postergar algunas expectativas, justas y loables, para concentrarse en lo esencial. Fueron los firmantes del "Acuerdo Nacional para la Transición a una Plena Democracia". En uno y otro caso, hubo quienes no quisieron escuchar o simplemente no firmaron. Eso siempre ocurrirá y no es para dar un paso atrás.

¿Será muy ingenuo pensar en convocar a un gran PROPÓSITO NACIONAL, basado en el Diálogo Social, concebido como un decisivo pilar para avanzar y concretar una nueva cultura de "proyecto país" que permita unirnos en torno a los principales desafíos y oportunidades que enfrentamos, para humanizar y compartir con equidad el desarrollo de Chile? Un propósito que tenga sus bases en lo esencial que es común a todos nosotros como, por ejemplo:

- ***La dignidad de la persona humana***, que es "uno de los grandes valores que orienta nuestra vida personal y social... que permite tratar al ser humano con

sumo respeto desde su origen hasta la muerte…; en una cultura donde no se nos valore por las competencias y el dinero; que nos obliga a integrar al marginado, a cuidar del enfermo, a tener proximidad real con el pobre y a volvernos respetuosamente hacia nuestros hermanos de los pueblos originarios de nuestra Patria" (Cf. Humanizar y Compartir con equidad el Desarrollo de Chile, pag. 39-42).

- ***La Justicia social, la equidad***, la igualdad de oportunidades, el acceso de todos los chilenos, especialmente de los más pobres, a los bienes esenciales: la salud, la educación, la vivienda, el trabajo decente: un llamado a desarrollar la actividad empresarial y laboral bajo los valores y principios de rechazar los abusos y escándalos efectuados por personas inescrupulosas que, sin límite, anteponen su interés personal al de la sociedad, afectando gravemente a personas y comunidades, deteriorando confianza y prestigio de tantos otros que ejercen sus responsabilidades con apego a marcos éticos y valores. El trabajo exige un trato y condiciones dignas en toda relación laboral; remuneraciones suficientes que les permita a los trabajadores desarrollar dignamente su vida personal y familiar. El trabajo, tan esencial en nuestra vida, no puede ser jamás una mera mercancía que se transa en el mercado.

- ***El respeto y la valoración de nuestra diversidad,*** subrayando la enorme riqueza que reside en nuestras diferencias. El respeto de las creencias, de los valores, de los pueblos originarios, de las opciones de vida, debe ser una norma de nuestra convivencia. Ellos son nuestros hermanos y hermanas que tienen derecho a expresar, desde su perspectiva, el mensaje de amor, respeto, igualdad y paz que ofrece el Evangelio. Es urgente marcar un camino que permita avanzar decididamente hacia la paz social, especialmente en La Araucanía, cuyo conflicto se arrastra por demasiados años cobrando víctimas y retrasando el desarrollo.

- ***El diálogo y la generosidad,*** fomentando nuestra capacidad de empatía y de humildad, de inclusión, tratando de liberarnos de los prejuicios e intolerancias que nos impiden ver al otro como es. Es decir, volver a construir una sociedad de confianza, en donde seamos capaces de construir juntos grandes acuerdos, a pesar de posturas distintas. De esta manera podrá renovarse nuestra democracia, para abrir paso a instituciones más transparentes, más eficientes y mejor conectadas con las necesidades de los ciudadanos del siglo XXI. Volver a fortalecer a la ciudadanía, apoyar a los sindicatos, las organizaciones sociales, las juntas de vecinos, los clubes deportivos, las asociaciones de jóvenes. Fortalecer la sociedad civil, y dar paso a nuevas generaciones de políticos y servidores públicos.

Me asiste la convicción de que estos propósitos tan sustantivos son compartidos por muchos chilenos, especialmente de quienes tienen y tenemos encargos de autoridad, de representación, de servicio. También por quienes trabajan en los Medios de Comunicación, que pueden dar un vuelco, pasando de un estilo más bien confrontacional, a uno de encuentro y comunión.

En lo personal, y seguro de representar a mis hermanos de diversas Iglesias y comunidades cristianas, ofrezco mi compromiso y nuestra oración, además de bendecir por adelantado todo lo que hagamos para llevar a Chile a buen puerto en las aguas tan movidas de la historia. Jesús nos ha marcado el camino llevándonos a amar y servir sin condiciones, especialmente a los más pobres. Y la Madre de Jesús, a quien veneramos como Virgen del Carmen, ha dado ejemplo de servidora de los necesitados y nos ha ofrecido amparo en momentos de sufrimiento y de dolor.

Juntos nos unimos a la voz del profeta que habló a la "Casa de Jacob" para parafrasear sus palabras diciendo:

"¡Pueblo de Chile, ven, caminemos a la luz del Señor!"

ESCUELA MILITAR
EN SANTIAGO

"¡Chile tiene vocación de entendimiento, no de enfrentamiento!"...

HACIA UNA CONVIVENCIA ESPERANZADA Y SOLIDARIA

Santiago, 18 de septiembre de 2015

Deuteronomio 4, 32-40 ‖ Lucas 10, 25-37

INTRODUCCIÓN

Una tradición casi ininterrumpida desde el año 1811 congrega en esta Iglesia Catedral a las más altas autoridades del país junto a los representantes de países amigos y a miembros de las organizaciones más significativas de la Iglesia y de la ciudad de Santiago. Desde el año 1970, el Te Deum se ha enriquecido con la participación activa de Iglesias, confesiones y comunidades cristianas, y con la cordial adhesión de las comunidades judía y musulmana. A todos y cada uno de ustedes, comenzando por la Señora Presidenta de la República, a quienes detentan la autoridad de los poderes Legislativo y Judicial, así como a otras altas autoridades del país, deseo expresar mi cordial gratitud por su presencia en esta celebración. ¡Muchas gracias!

Antes de entrar en el mensaje de esta celebración, los invito a elevar el pensamiento, el corazón y la oración por las personas que sufren los efectos del terremoto que ha asolado el centro norte de nuestra patria. Desde este lugar de oración expreso cercanía y solidaridad con las familias que han perdido a un ser querido, y con todos los que han sufrido daños en sus casas, bienes y fuentes de trabajo. Invito a estrechar filas con las iniciativas que promueva el supremo gobierno y con los organismos de solidaridad para que el dolor de quienes han sido víctimas, se vea aliviado por el compromiso de una pronta y efectiva recuperación.

1. UN TIEMPO ESPECIALMENTE COMPLEJO

Vivimos un tiempo difícil. Estamos impactados por distintas formas de corrupción que se están instalando entre nosotros, así como por la falta transversal de seguridad, que abarca desde las poblaciones más vulnerables hasta los barrios más acomodados de la ciudad, los que experimentan el flagelo de la droga, de los robos y de otras formas de violencia e intolerancia. Se ha ido posicionando en nuestra sociedad un clima agresivo y violento que despierta temor, inseguridad, genera desconfianza y resquebraja nuestras relaciones humanas. Se endurece el lenguaje, se cultiva la descalificación y hasta el hogar es víctima de violencia intrafamiliar.

En estos días, he sentido personalmente lo que este ambiente produce. Me he sentido expuesto a una crítica descalificadora, como la que muchos de los aquí presentes han experimentado. Me valgo de la oportunidad para pedir perdón a quienes pueden haberse sentido ofendidos y, a la vez, vuelvo a expresar que las puertas del Obispo de Santiago y de la Iglesia están abiertas para restablecer las confianzas, limar las asperezas y ponernos en camino para superar el dolor y construir en esperanza. No nos faltan motivos para vivir en paz, en un país tan grato como el nuestro. Si se ha instalado en la gente un sentimiento de incomodidad y de insatisfacción, si vivimos en

un ambiente confrontacional, de polarización política y social y en un clima de desconfianza tanto personal como institucional, debemos redoblar los esfuerzos para que nuestra convivencia sea más sinfónica y la relación entre las instituciones del país colaboren al crecimiento con justicia y equidad, especialmente para los más postergados. Con estos sentimientos los invito a escuchar el mensaje fraterno que he preparado para esta oportunidad.

2. CRISIS DE ESPERANZA Y SOLIDARIDAD

No es esta la sede para analizar con profundidad lo que sucede en el país. Para eso está la sabiduría y la responsabilidad de los gobernantes, el Congreso Nacional, el aporte de las universidades, los foros de opinión, así como la conversación cotidiana en que compartimos nuestras impresiones. En cambio, creo que este es el lugar y el momento para acompañar esas reflexiones pensando cómo ejercer mejor nuestras responsabilidades.

2.1. No hay futuro sin memoria

Me atrevo a decir que estamos viviendo una profunda crisis de esperanza y solidaridad, dos palabras y actitudes que se requieren y alimentan mutuamente.

Hay, en algunos, desesperanza en cuanto al desenlace de nuestros conflictos presentes y en el futuro que nos espera. Hay también dudas de que sepamos construirlo sin espíritu sectario, aprovechando las mejores cualidades del pueblo de Chile. Y también de que sepamos entregar a los más jóvenes y, con su activa participación, un país que responda a sus expectativas personales y a su pleno desarrollo.

Se dice, y con razón, que no hay futuro sin memoria. Lo afirmamos particularmente al recordar las situaciones que llevaron a los quiebres políticos, sociales e institucionales sufridos especialmente en 1891 y en 1973 y cuyas heridas aún no terminan de sanar.

Hay, sin embargo, una dimensión aún más profunda de la memoria. Es la memoria agradecida y, en especial, la que se refiere a la raíz fundante de nuestra vida, personal y colectiva. Me refiero a la fe en Dios: "Chau Dios", en la lengua del pueblo mapuche, "Padre Nuestro" en la tradición cristiana, y "Nombre Santo" con que lo invocan nuestros hermanos judíos y musulmanes. Es un nombre que en cada lengua pronunciamos con reverencia, respetando también a los hermanos que lo buscan sin encontrarlo y a quienes simplemente no creen en El. Con este espíritu hacemos memoria agradecida de que "en nombre de Dios" se haya iniciado el Cabildo Abierto de 1810 cuando se juró por Dios la independencia nacional ante el hermoso Cristo que hoy nos preside. "Haz memoria -dice Dios a su pueblo- acuérdate y no olvides". "Pregunta a la antigüedad, a los tiempos pasados, remontándote al día en que Dios creó al hombre sobre la tierra… ¿Qué pueblo ha oído a Dios hablando como tú lo has oído?"[1].

---

[1] Deut 4, 32 - 33.

Si queremos construir un país con todos y para todos sus habitantes, aportando a la vez al "cuidado de la casa común" que nos alberga, como invita el Papa Francisco[2], es menester poner bien los fundamentos. La imagen y semejanza de Dios, proclamada por la Biblia, no está en la individualidad sino en la relación, en el amor, porque la persona humana ha sido creada para la comunión[3]. Las narraciones bíblicas sugieren que "se basa en tres relaciones fundamentales estrechamente conectadas: la relación con Dios, con el prójimo y con la tierra"[4].

Sin estas tres relaciones, el ser humano no refleja plenamente la imagen y semejanza de Dios; se queda anclado en su propio yo –aislado– sin comunión. Es el sueño de los autosuficientes, que creen poder construir sobre sus propias fuerzas. La raíz más profunda de los males de una convivencia es olvidar al "otro", sea este Dios, el prójimo o la misma creación. Gran parte de la crisis de valores y de sentido que experimentamos en nuestra Patria, tiene que ver con

---

2 Carta Encíclica "Laudato Si'", Roma, Pentecostés 2015.

3 Ver Laudato Si', capítulo II, "El evangelio de la creación".

4 Laudato Si' , 66.

el debilitamiento de la solidaridad y el culto a un individualismo que termina sustituyendo a Dios por el amor a sí mismo, tentación presente y antigua que pretende disputar con Dios la fuente del poder para que el hombre –varón o mujer– termine endiosándose.

Por su parte, la esperanza, que tiene su raíz en Dios, no es primariamente una virtud de futuro; ella pertenece al presente. La esperanza no es un simple deseo o una ilusión. Hay que aprender a aguzar la mirada más allá de lo tangible para descubrirla.

Así, por ejemplo, la esperanza es anunciar la certeza de que el desierto florece mientras se toca la tierra reseca; es contemplar la silueta de una mujer embarazada y bendecirla por la nueva vida que trae en su seno, sin aún haber visto a la creatura. Y en términos cristianos, la esperanza es proclamar resurrección con los ojos fijos en el crucificado. Esa es "La esperanza que no será defraudada, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones"[5].

---

[5] Rom 5, 5.

Por esta razón, para recobrar nuestras esperanzas, la invitación es volver a posar nuestra mirada en el presente del país -ojalá desde la fe-, donde aparente o realmente no hayamos logrado nuestros propósitos, donde los profetas de mal agüero gritan "fracaso", donde la vida se ha vuelto inhóspita e incómoda. No hay mejor receta que ésta. Estoy seguro que, uniendo nuestras miradas, descubriremos hoy día, y no mañana, muchas razones para fortalecer nuestra esperanza.

2.2. No hay esperanza sin solidaridad

La esperanza va de la mano de la amistad cívica, de la solidaridad, del amor. Un beso, una caricia, un gesto de cariño gratuito, hacen florecer la esperanza; hacen renacer la sonrisa, ensanchan el corazón, y del árbol caído nace un brote insignificante que anuncia un bosque nuevo. Es lo que experimentamos hace casi 40 años en este mismo templo catedral y en la casona contigua, la Vicaría de la Solidaridad. Los cientos y miles que acudieron a ella en Santiago y desde regiones, al ser acogidos gratuitamente, al experimentar la conmoción que producía su dolor, sintieron renacer sus esperanzas, y muchos, muchísimos, se hicieron parte de esta corriente solidaria capaz de gestar nueva vida en los dolientes. Una vez más, de la solidaridad renacía la esperanza.

Esa solidaridad no es solo un hecho del pasado. Es memoria que nos sirve para construir el presente y el futuro, basados en la parábola del Buen Samaritano que acabamos de escuchar.

Cuatro son las actitudes que caracterizan al samaritano: Ve, se conmueve, sirve e incluye. El fruto de ese gesto solidario es devolver la esperanza y la vida nada menos que a un ser humano.

a. También hoy es esencial aprender a "ver", que no es lo mismo que "mirar". De hecho, se puede mirar sin ver. Y así lo decimos cuando afirmamos que en nuestra sociedad los más necesitados simplemente no se ven. Tal vez nos complique ver a los más pobres y excluidos, a las personas que sufren distintos tipos de discapacidad, a los ancianos, a los enfermos e, incluso, a muchos migrantes. También tendemos a invisibilizar a los encarcelados, cualquiera sea la causa de su encierro, el crimen común o la violación a los derechos humanos. ¿Cuál será la razón? Según la parábola, para ver se requiere mirar desde la periferia, desde el caído. Como afirma el Papa Francisco, en su carta encíclica Laudato Si', "Desde el valor de un pobre".

b. Quien ve se conmueve tiene una experiencia que lo inquieta, se siente aludido, se hace parte, y si no lo hiciera, su conciencia no lo dejaría en paz. No se puede ver y seguir viviendo igual. En este caso, el samaritano ve y se "conmue-ve". Enseña la Sagrada Escritura que Dios vio la opresión de su pueblo esclavizado, se conmovió y bajó a liberarlo. Y cada vez que Jesús vio la enfermedad, el hambre y el dolor profundo, se "conmovió" y de esa conmoción brotó la cercanía, la palabra de perdón, la sanación.

c. En nuestro caso, la conmoción del samaritano lo lleva a servir, postergando y perdiendo algo de lo suyo: pierde el tiempo, pierde el vino y el ungüento, pierde su cabalgadura, pierde sus monedas y arriesga otras más. Esa es la urgencia de la solidaridad que devuelve la confianza, la salud y la vida al que había sido víctima de los asaltantes. No hay solidaridad posible si no arriesgamos lo nuestro. La solidaridad efectiva siempre nos despoja de algo importante, nos complica los planes, nos cambia de rumbo y, a veces, de manera definitiva. Y cuando se nos produce una conmoción ante los indeseables, es decir, ante los leprosos de cada época, se puede también perder hasta la fama. Así le sucedió a Jesús y a los profetas: Por hacer tal cosa fueron desprestigiados y hasta demonizados.

d. Finalmente, este Buen Samaritano es alguien que incluye: golpea la puerta, pide posada, compromete al posadero, a quien ayuda a "ver", a "conmoverse" y a cuidar al malherido. Y se lo confía para su pleno restablecimiento. Hoy contamos con redes muy potentes de comunicación. Las podemos usar para la satisfacción de curiosidades o podemos formar e integrar redes solidarias. Podemos saturarnos o acostumbrarnos a las tragedias mundiales como los estragos del Estado Islámico, los cientos de migrantes que naufragan y mueren en el mar, al tráfico de personas y de órganos, incluso de criaturas abortadas, y cambiar de programa para no "ver" más. O bien, abrir los ojos y buscar en la red nuestro aporte a la esperanza y a la solidaridad de este mundo. Esta parábola se aplica sola a nuestra convivencia. Solo me permito subrayar que para alcanzar la solidaridad, que necesitamos con urgencia, tenemos que relativizar nuestras ideologías y despegarnos de nuestros títulos, poderes, prejuicios, y de todo aquello que nos impida "ver" a los demás. Así no tendremos que preguntar: "¿Quién es mi prójimo?", como lo hace el doctor de la ley[6]. Lo importante será preguntarnos ¿Qué estoy dispuesto a ofrecer e incluso a perder en favor de mi hermano, de mi hermana, de mi país? Y esta pregunta, precedida de una certeza: lo que ofrezco

[6] Lc 10, 29.

> de mi tiempo, de mis bienes, de mis iniciativas, no muere sino que se multiplica al ser ocasión de mejor vida para los demás.

Me permito recordar que esta fue una de las tres preguntas esenciales que se hicieron a quienes participaron hace 30 años en el Acuerdo Nacional para el Restablecimiento de la Plena Democracia. La pregunta fue: "Para acceder a la plena democracia ¿A qué está usted dispuesto a renunciar, o a poner en un segundo o tercer lugar, para obtener lo deseado?". Y ese acuerdo hizo renacer la esperanza en tiempos de profunda desesperanza y, por lo mismo, de gran agitación social.

3. UNA NUEVA CONVIVENCIA ESPERANZADA Y SOLIDARIA

He querido dar a esta homilía un tono familiar, con una reflexión sencilla e incluyente, que pueda expresar el sentir personal de muchos de nosotros, porque la sociedad la componemos las personas, únicas e irrepetibles, sensibles, generosas, creativas, pero también heridas y sufrientes como lo somos. Sin embargo, esta enseñanza tan bíblica y evangélica en que nos hemos inspirado, puede ciertamente iluminar a nuestra sociedad en su conjunto. Ella puede iluminar nuestras organizaciones, nuestras instituciones y, por lo mismo, a la política que se requiere para que las soluciones puedan aspirar a un nivel global.

En este sentido, me permito señalar tres desafíos muy actuales, en los cuales necesitamos perseverar:

3.1. Cuidar la creación y la vida

De Dios Padre creador recibimos la vocación de cuidar la vida. Es lo más sagrado que hemos recibido y Dios no ha delegado en nadie ni el control ni el señorío sobre la vida.

Nuestra generación conoce los genocidios, el empoderamiento de las dictaduras, siempre sangrientas, la extorsión, el chantaje. Y cada día conocemos las cifras mortales del mundo en que vivimos.

Si cuidar la "hermana–madre tierra" es un mandato del creador para que no se siga degradando el planeta, éste se refiere, en primerísimo lugar a los más pobres y a los más excluidos que quedan frecuentemente en el último lugar. Cuando esto no nos importa damos paso a la 'cultura del descarte': "Descarte de personas, descarte de pueblos, descarte de países"[7].

Por esta simple razón, cada vida que germina o que nace es un llamado a cuidarla con el mayor esmero. Y si esto es un desafío que concierne a cada creatura, con más razón a un ser humano que está al centro de la creación.

La espera gozosa de un nuevo hijo, una nueva hija, es normalmente un acontecimiento que acompaña a la mujer embarazada. Ella sabe que ese ser humano no le pertenece solo a ella: Le pertenece a ella y a toda su familia, especialmente, al padre y a sus

---

7 Cf "Laudato Si'", Cap. I, apartado V.

hermanos. Y porque pertenece a la familia nuclear, también pertenece a la familia humana que, esperanzada y solidariamente, tiene el deber de procurar los medios para un nacimiento digno, así como para el crecimiento, la educación y el pleno desarrollo de una nueva criatura.

Sin embargo, no somos para nada indiferentes o insensibles. Muy por el contrario, sabemos bien que hay razones que, a veces, hacen dolorosa y hasta riesgosa la espera. Lo sabe la ciencia médica, que debe responder éticamente. Lo sabe la familia, llamada a acompañar y a sostener con amor.

Cuidar la vida es nuestra vocación. Amar la vida es nuestra dicha. Proteger la vida de los más pequeños e indefensos, es nuestra misión irrenunciable.

3.2. Crecer en humanidad

Una de las tragedias más grandes de nuestro mundo, es que nos hemos deshumanizado. Tal vez, no hayamos aprendido a conjugar nuestra humanidad con los avances de la técnica y de las ciencias. Tal vez sea porque se han vuelto más anónimas nuestras relaciones, sobre todo en la gran ciudad. Tal vez, porque tenemos temor a mostrarnos sensibles y humanitarios.

Por eso, uno de nuestros desafíos más importantes es crecer en humanidad. Es lo más nuestro. La gente sencilla, cuando encuentra buena o justa a una persona dice simplemente: "¡Qué humana es esa persona!". Hay que devolver humanidad al saludo, en el Metro y en el Transantiago, en la conducción en las calles, en las relaciones personales y comerciales, en la discusión de las leyes y también en las relaciones institucionales. Y la Iglesia no está exenta. Tenemos que recobrar la humanidad de Jesús en nuestras relaciones, en nuestro discurso, en nuestros planteamientos y aprender a vivir con sencillez al interior de nuestras comunidades.

Paradójicamente, en nuestro mundo el trabajo hecho para el crecimiento del ser humano se transforma fácilmente en inhumano. La búsqueda del poder y éxito económico como algo primario a nivel personal y social, nos deshumaniza y hace de muchas personas explotadoras de sí mismas y de los demás, para lograr metas inhumanas.

¡Una vida deshumanizada termina destruyendo al hombre! Y un ser humano deshumanizado sólo siembra desdicha a su alrededor y se transforma en depredador de la creación.

3.3. Recuperar la confianza

Hay también un tercer desafío. Algo ha acontecido entre nosotros que, a todo nivel, nos hemos vuelto desconfiados. Hay ideologías imperantes que nos llevan a considerar al prójimo como a un competidor, o peor, como a un "lobo" y no como a un hermano. Y no me refiero solo a los bienes de mercado, donde esto resulta evidente. Me refiero a las relaciones personales, en distintos planos, en que cada uno busca el éxito frente al otro, contra el otro o, peor aún, valiéndose del otro, erradicando el amor y el espíritu de servicio.

En el Evangelio que acabamos de escuchar el doctor de la ley quiere saber cómo se llega a la vida eterna, es decir, a la plenitud de la vida. La respuesta de Jesús no demora: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu mente, con todas tus fuerzas, y al prójimo como a ti mismo"[8]. Posteriormente, promulgará el "nuevo mandamiento", dando un paso aún mayor, invitándonos a amar a los demás "como el mismo Señor nos ha amado"[9].

---

[8] Lc 10, 17.

[9] Ver Jn. 15,12.

En eso consiste la plenitud de la vida que comienza en esta parte de la historia. Y la plenitud no es nunca individual. Por definición ella es abierta, difusiva e inclusiva.

En cuanto a la falta de confianza en las instituciones y en sus representantes, sabemos que no solo tiene su origen en nuestros propios yerros, de los cuales debemos pedir perdón y enmendarnos. También es fruto de la mentalidad anti-sistémica, del individualismo reinante, como de grupos que desconocen el valor de las instituciones y que farandulizan la política y los liderazgos para complacer a una sociedad del espectáculo. ¡Es hora de recuperar la dignidad de la política y de volver a practicar la amistad cívica! Esa ha sido la característica más preciada de los mejores momentos de nuestra historia. Por eso, ¡cuidemos el lenguaje y desterremos la descalificación y el insulto! ¡Es hora de recuperar la amistad cívica!

Tiempo es, entonces, para reconstruir las confianzas fraternas, familiares, vecinales; las confianzas políticas, religiosas, económicas y sociales. Y en este desafío debemos enrolarnos todos y todas, especialmente, quienes creemos que la persona humana y la sociedad no pueden desarrollarse sin confianza, con las puertas del hogar y del corazón cerradas a los demás.

CONCLUSIÓN

Autoridades presentes, amigas y amigos:

El Papa Juan Pablo II, en su memorable visita a Chile, hizo una gran afirmación: "*¡Chile tiene vocación de entendimiento, no de enfrentamiento!*". Es hora nuevamente de vivir esa vocación y de honrar ese llamado. Y eso depende absolutamente de nosotros.

Para asumir, con renovada energía, este gran desafío, invoco con especial confianza a la Santísima Virgen del Carmen, Madre y Patrona de Chile.

Amén.

Esta gran esperanza,
que va más allá de nosotros,
solo se puede apoyar
en Dios...

UNA ESPERANZA QUE RENUEVA LA VIDA

Santiago, 18 de septiembre de 2016

Hb. 6, 9-20 ‖ Salmo 132, 11-18 ‖ Mt. 5, 1-12

INTRODUCCIÓN

Llenos de alegría por la Patria que el buen Dios nos ha regalado, nos encontramos en esta histórica Catedral de Santiago, techo común de tantos acontecimientos ciudadanos, para agradecer el camino recorrido e implorar nuevas luces y renovadas fuerzas para seguir avanzando confiados hacia la justicia, la paz y la prosperidad de todos los hijos e hijas de Chile.

Bienvenidos, bienvenidas a todos y a todas. De manera especial, a Su Excelencia la Señora Presidenta de Chile, Doña Michelle Bachelet Jeria, a las altas autoridades del Poder Ejecutivo, Legislativo y Judicial del país, a los Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas y de Orden, a las autoridades regionales, provinciales y comunales, al Cuerpo Diplomático, a los hermanos obispos, presbíteros, diáconos permanentes, consagrados y consagradas, laicos y laicas de la Iglesia Católica, a los obispos y pastores de las Iglesias cristianas aquí presentes, así como a los amigos y amigas de otras confesiones religiosas, que nos acompañan. Sean bienvenidos. Dios, Padre y Creador, les conceda paz y bendición en abundancia. Felices fiestas patrias.

1. EL DON DE LA ESPERANZA

Los textos bíblicos que hemos escuchado hablan de la esperanza, es decir, de esa experiencia común a todos los seres humanos que invita a mirar hacia adelante, y de ese don tan esencial para la vida buena de un pueblo. Nos hemos reunido en este lugar sagrado porque nos anima y asiste el anhelo y la voluntad de alcanzar, hoy y en el futuro, esa plenitud que aún no poseemos. Estamos aquí porque «esperamos cosas mejores», porque confiamos en "el ancla firme y segura del alma", como escuchábamos en la lectura bíblica de la Carta a los Hebreos (Hb. 6, 9.19) y porque las Bienaventuranzas del Reino, proclamadas por Jesús, son profecía de vida plena y abundante para todos y todas. Es en el clima espiritual que nos ofrece la Palabra de Dios, que deseo compartir con ustedes y con quienes nos siguen a través de los medios de comunicación social, algunas reflexiones sobre la esperanza, para que ella nos abra confiadamente al futuro que estamos llamados a construir, corresponsablemente.

Alguien podría objetar que ante a los problemas que enfrentamos en la actualidad –tan numerosos y tan urgentes–, estaría fuera de lugar hablar de esperanza. Ante los problemas actuales –se podría rebatir– hay que hablar del presente y no del futuro. Entonces, ¿por qué hablar de la esperanza?

2. ESPERANZA Y VIDA BUENA DEL PUEBLO

Y, sin embargo, la esperanza es lo más urgente que nuestro pueblo necesita, porque la manera como nos situamos ante el futuro, de alguna forma, modela nuestro presente. El futuro repercute en la manera como orientamos nuestra convivencia y la vida social. Es cierto, algunos modos de hablar de la esperanza futura podrían implicar una cierta desvalorización del tiempo presente y de la historia concreta, pero la auténtica esperanza no resta valor al presente, sino que, justamente al contrario, es un estímulo para un compromiso mayor con la realidad actual. La esperanza no es una virtud que adormece, una ilusión engañosa; no "prolonga el tormento del hombre", como afirmaba un famoso filósofo. La esperanza auténtica no es una ilusión engañosa, "no se experimenta como ráfagas inconexas de pequeños relatos raquíticos". Bien fundada, ella es esencial para la vida buena, justa y fraterna de hoy y también de mañana. Invita a levantar los ojos para escudriñar de dónde nos viene el auxilio oportuno, para extender la mirada y establecer esas alianzas fecundas que permiten caminar con criterios acertados y firme decisión de construir, aquí y ahora, un mundo mejor, más justo, solidario y fraterno. "El presente, aunque sea un presente fatigoso, se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y si esta

meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino" (Benedicto XVI, en Spe Salvi, 1).

Al considerar nuestras propias actividades presentes, descubrimos en ellas una tensión hacia el futuro: elaboramos proyectos y planificamos políticas; se planean estrategias, se calculan presupuestos, se ensayan previsiones, etcétera, siempre en función del futuro. Gran parte de nuestras actividades están orientadas hacia lo que aún no poseemos, pero que esperamos llegar a poseer. Aspiramos a una educación de mayor calidad para todos y, especialmente, para los más carenciados; anhelamos mejorar el mundo laboral aumentando empleos de calidad y logrando salarios más éticos; aspiramos a que nuestros adultos mayores puedan vivir con mayor dignidad y que nuestros niños puedan desplegar sus alas para volar alto en la vida; deseamos pensiones dignas para los jubilados, acogida e integración para los numerosos inmigrantes y trato justo y fraterno para los pueblos originarios de nuestro país. Aspiramos a que la violencia sea enfrentada y derrotada con clarividencia y honestidad, buscamos una praxis política y empresarial libre de corrupción y, desde lo más profundo de nuestra conciencia de hombres y mujeres que buscan unir fe y razón, esperamos que crezca el debido reconocimiento y respeto al derecho a la vida, desde la concepción a la muerte natural.

TE DEUM 2016

3. ESPERANZA: HECHOS Y PROFECÍA

Ante estas tensiones, propias de la vida social, la Palabra de Dios y nuestra propia experiencia nos vienen a recordar que la esperanza no es sólo una palabra, sino, en palabras de Benedicto XVI, "una comunicación que comporta hechos y cambia la vida… Quien tiene esperanza vive de otra manera: se le ha dado una vida nueva (Ib. 2)", y como afirma el Papa Francisco: "¡Basta que haya un hombre bueno para que haya esperanza." (Cf. "Laudato Sí'"nº 71). El Pueblo de Dios reconoce las razones de su esperanza en la propia historia: las acciones concretas de Dios eran valoradas como prenda de las futuras acciones del mismo Dios. Si bien esa historia no estaba exenta de contradicciones, de todos modos, frente a situaciones dramáticas, el pueblo reflexionaba de la siguiente manera: como en nuestra propia historia, cuando todo parecía perdido, hemos experimentado la acción salvadora de nuestro Dios, así también en esta dramática situación, es posible y es razonable volver a esperar en la salvación que viene de Dios. Las bendiciones concretas que el Pueblo había palpado, en especial la liberación de la esclavitud, eran un argumento tangible y concreto para esperar una nueva bendición.

Los Evangelios dan testimonio de cómo Jesús anuncia una esperanza de futuro y simultáneamente la realiza. La esperanza que Él proclama en las parábolas tiene una realización concreta en la vida cotidiana. Así, cuando acogía a los pecadores y se sentaba a la mesa con ellos, no sólo anunciaba la oferta gratuita de salvación que traía de parte de Dios Padre, sino la realizaba concretamente. Quienes se sentaban a la mesa con Él no sólo escuchaban acerca de la Vida en abundancia, también experimentaban en su existencia concreta aquella auténtica vida humana que era anunciada en las parábolas. En Jesús, tal como una semilla, se encierra una realidad que está llamada a desplegarse de manera abundante. Por ello, si bien la esperanza del Evangelio no se verifica de modo pleno en este mundo, sino parcialmente, de todos modos, la vida de Jesús nos muestra que lo que Él anuncia no es una ilusión, sino algo posible y que, al menos de modo germinal, ya se realiza en la historia concreta de la familia humana. Así, la esperanza se vuelve como el «ancla segura y firme de la vida» (Hb 6,19), que aunque no se ve, porque está sumergida en el fondo del mar, es capaz de dar solidez y estabilidad a la embarcación.

4. LA HISTORIA, ESTÍMULO PARA LA ESPERANZA

La historia de nuestra nación, como la de la Biblia, nos ofrece poderosos estímulos para la esperanza. Nuestras calles, plazas y ciudades han sido testigos de la generosidad de tantos hermanos que, a lo largo de momentos clave, han optado por el bien común y han contribuido a construir un país de hermanos.

¡Qué responsabilidad para nosotros, hoy día! Especialmente frente a la tentación de dar cabida, en la vida social, a una falsa libertad, al imperio de la injusticia, la indolencia, el cinismo, el egoísmo, la crítica destructiva, la desconfianza. Se mata esperanzas alimentando la sensación que los problemas nunca serán resueltos. Por otra parte ¡cuántas ilusiones nos vienen vendidas y cuántas nuevas esclavitudes hemos creado en nombre de estos falsos ídolos! ¿Es razonable seguir esperando? ¿No sería más realista dejar de esperar, abriendo espacios a formas anárquicas o centradas exclusivamente en los propios intereses individuales?

La celebración que estamos realizando es ya, en parte, una respuesta. Si nos hemos reunido aquí, creyentes y no creyentes, representantes de diversas denominaciones cristianas y de diferentes credos religiosos, es porque en nuestro corazón pesa más la esperanza que el desánimo. Si estamos aquí es porque, en la balanza de nuestro corazón, la convicción de que es necesario trabajar movidos por la esperanza tiene mayor peso que la desesperación.

5. UNA ESPERANZA SIEMPRE AMENAZADA

Vivimos una época marcada por un severo espíritu crítico. El escrutinio público es riguroso y las exigencias son, cada día, más altas. Muchas cosas que, décadas atrás, se toleraban, se consideraban normales o se pensaba que eran una fatalidad, hoy –felizmente– se consideran inaceptables. En este sentido, el agudo sentido crítico de la sociedad actual implica un importante paso adelante, del que nos debemos alegrar.

Sin embargo, esta misma agudeza para identificar las deficiencias, hace que, tal vez como nunca, experimentemos fuertemente la insatisfacción. En el arco de las últimas décadas, el desarrollo material de Chile ha sido muy grande. Sin embargo, la insatisfacción que experimenta nuestra sociedad parece que cada vez es mayor. Esta aparente contradicción nos debe llevar a preguntarnos por nuestros modelos de desarrollo, puesto que el tipo de desarrollo que hemos logrado no ha traído el bienestar humano que suponíamos.

Es cierto que la crítica amarga es destructiva y que un tipo de insatisfacción proviene del olvido de nuestra propia condición de criaturas. Sin embargo, estos dos fenómenos -el espíritu crítico y la insatisfacción-, también pueden comprenderse como una señal inequívoca de que el corazón humano espera otra cosa, algo más grande. El ser humano no se conforma con poco y, especialmente un número significativo de jóvenes, aspira a una esperanza que los lleve a alcanzar la estatura alta de su vocación humana.

6. UNA ESPERANZA QUE VUELVE A FLORECER

La historia reciente de Chile nos invita a la esperanza. Tenemos razones para esperar, porque, en situaciones críticas, nuestra sociedad ha sido capaz de mirar al bien común y lograr acuerdos que han traído tantos beneficios. Nos hace bien ser capaces de reconocer lo que hemos podido avanzar en las últimas décadas, no para auto-complacernos o llamar al conformismo, sino para confirmar que tenemos razones concretas para la esperanza. Si hoy anhelamos un mayor entendimiento y trabajo colaborativo, no podemos dejar de recordar que ha habido momentos concretos en nuestra historia en que, aún en contextos de una severa polarización, hemos sido capaces de posponer los beneficios individuales y lograr el entendimiento en función del bien común. Por eso, con el Papa Francisco, me atrevo a recordar que "hay que conceder un lugar preponderante a una sana política, capaz de reformar las instituciones, coordinarlas y dotarlas de mejores prácticas, que permitan superar presiones e inercias viciosas", porque fundada en "los grandes fines, los valores, una comprensión humanista y rica de sentido que otorgue a cada sociedad una orientación noble y generosa." (Cf. Laudato Si', n. 181). Tenemos buenas razones para esperar.

7. TESTIGOS DE ESPERANZA

Los más grandes de nuestra historia han sido personas movidas por la esperanza. Alberto Hurtado, un día 18 de septiembre, en Chillán, en 1948, decía: «Una Nación más que su tierra, sus cordilleras, sus mares, más que su lengua y sus tradiciones, es una misión que cumplir [...]. Chile tiene una misión… misión de esfuerzo, de austeridad, de fraternidad democrática inspirada en el espíritu del Evangelio». Esta esperanza del padre Hurtado no era una ilusión. Porque, de alguna manera, aunque sea sólo en parte, ya se posee aquello que se espera: los que luchan por la paz, en parte ya gozan de ella; los que se esfuerzan por defender la dignidad de todo ser humano, ya con su vida realizan ese ideal. La esperanza no es sólo cosa del futuro, también se vive en el presente. De hecho, las bienaventuranzas, que hemos escuchado en el Evangelio, no están solo en futuro: la primera de ellas está en presente. Jesús no dice: «Felices los pobres en el espíritu, porque de ellos será el Reino de los cielos», sino «porque de ellos es el Reino de los cielos» (Mt 5,3). Son muchas las palabras del Evangelio que nos recuerdan que ya es posible, al menos en parte, vivir aquello que esperamos. "La patria es maravillosa, pero el camino que conduce a ella es duro", decía san Agustín. "Felices los que trabajan por la paz, los que tienen hambre y sed de Justicia…" (Cf. Mt. 5,3- 11).

8. ESPERANZA PARA TODOS

Permítanme destacar otra característica de la esperanza: su carácter social y comunitario. Lo más genuino del corazón humano no es esperar la felicidad sin los otros, y mucho menos esperarla en contra de los otros. Lo auténticamente humano de la esperanza es su apertura al bien común, es decir, al bien de todos. Pablo VI en la encíclica Populorum Progressio recordaba este principio: el auténtico desarrollo es el que corresponde a todo el ser humano y a todos los seres humanos, es decir, el verdadero desarrollo es una esperanza que no deja a nadie fuera. Las metáforas bíblicas para hablar de la esperanza se refieren, por lo general, a la comunidad: el Evangelio habla del banquete, de la fiesta de bodas, de la ciudad, de la asamblea del cielo, etcétera, imágenes que nos hablan de aquella esperanza común, en que no sólo todos caben, sino que todos son necesarios para que se realice. La mesa es más hermosa cuando todos sus puestos están ocupados. En la mesa familiar, los puestos vacíos son siempre motivo de tristeza, a veces, de lágrimas amargas. Por ello, la única esperanza digna para nuestra Patria es que Chile sea una mesa para todos, ya que "nuestra esperanza es siempre y esencialmente también esperanza para los otros." (Cf. Benedicto XVI, Spe Salvi, n. 48), la única capaz de sostener en el tiempo, la entrega solidaria a los demás, tan grande que, solos no somos capaces de producir, pero que sí, nos atrevemos a pedir con humildad.

9. ESPERANZA DON DE DIOS, TAREA DE TODOS

Por ello, hoy estamos aquí. La fe nos asegura que la fuerza de Dios es siempre más grande que la debilidad humana y que los ataques del mal. Oramos de manera diferente, pero lo hacemos juntos, porque nuestros corazones reconocen una esperanza común.

También esta oración común expresa la paradoja del ser humano, que aspira a una plenitud que es incapaz de lograr sólo con los propios esfuerzos, pero que espera recibir como un regalo. Esta gran esperanza, que va más allá de nosotros, solo se puede apoyar en Dios, el Padre del universo, que trasciende todo, el único que nos puede dar aquello que nosotros, por nuestras solas fuerzas, no somos capaces de lograr (cf. Ib. 31). Por eso, nuestra oración se hace canto de alabanza y de gratitud: el Dios de la historia no nos deja solos. Aún en medio de tantas dificultades, a pesar de nuestras propias fragilidades, podemos reconocer las grandes obras que Dios realiza por medio de los corazones de buena voluntad.

Todo esto nos lleva a cantar el "Te Deum" de la confianza: tenemos buenos motivos para la esperanza, esa esperanza que nos permite caminar hacia el futuro, confiados en

aquellos brotes que nos preanuncian la plenitud que anhelamos, que nos permite vencer el miedo y el sin sentido de la vida. Es la esperanza que nos ofrece Dios, Padre de ternura y misericordia, la confianza que la vida puede llegar a su meta venciendo todos los temores, el "ancla segura" y la "esperanza que no defrauda" (Rom. 5, 5).

A la Virgen del Carmen, Madre y Reina de Chile, confiamos nuestra esperanza, la esperanza de la Patria.

Amén.

Abre el corazón a la esperanza.
No dejes que te roben
el tesoro de tu alma...

CENTINELAS DE LA AURORA: PARA CRECER EN LA ESPERANZA

Santiago, 18 de septiembre de 2017

Sir. 51, 13-21 ‖ Ps. 19, 8-11 ‖ Mt. 5, 13-16

1. EL AMANECER DE ESTE GOZOSO DÍA DE LA PATRIA

Convoca a chilenos y chilenas a encontrarse con los más nobles valores que constituyen el alma de Chile, para agradecer y, a la vez, para comprometerse aún más, con su patrimonio espiritual, expresión genuina y agradecida de su preciosa identidad republicana. Es la ofrenda que, con sentimientos de fe, presentamos al Señor, como acción de gracias, porque, a lo largo de la historia, Él ha

educado al pueblo chileno a no dejarse abatir por las tribulaciones, a vivir como comunidad agradecida y fortalecida por la comunión y la solidaridad de hermanos, con la confianza y la esperanza puesta en Él y en la materna protección de la Virgen del Carmen.

Hoy, hombres y mujeres de fe, pertenecientes a la Iglesia Católica, a Comunidades Cristianas hermanas y a otros credos religiosos, junto a la más alta autoridad de la Nación, la Señora Presidenta de la República, Doña Michelle Bachelet Jeria, -a quien saludo con respeto-, a Ministros de Estado y equipos de gobierno, autoridades de los poderes Legislativo y Judicial, Altos Mandos de las Fuerzas Armadas y de Orden, autoridades regionales y comunales, Organizaciones Comunitarias, Cuerpo Diplomático, obispos, sacerdotes, pastores, consagradas y consagrados, laicos y laicas, reunidos en esta secular Catedral de Santiago, con gratitud y confianza, renovamos el propósito de aguardar *"como centinelas la aurora"* y como *"esforzados albañiles"*, la luz, la misericordia y la salvación que vienen de nuestro Dios, don de vida abundante para todo el pueblo de Chile (Cf. Salmo 130).

2. "¿QUÉ ME HA SIDO DADO ESPERAR?"

Se preguntaba el filósofo Kant, mirando el porvenir de la historia humana. ¿Qué nos es dado esperar de nuestro futuro, del futuro de Chile, la patria que amamos? No se trata de una pregunta ociosa. Lo que está detrás de la pregunta es la vida buena, el futuro de cada chileno y chilena, de la entera comunidad nacional, del futuro que anhelamos.

"Aguardar como el centinela la aurora" significa, entonces, aprender a otear atentamente el horizonte para acertar, con claridad meridiana, la meta a la cual tender y hacia la cual conducir, sabiduría indispensable para todos los ciudadanos y, de manera especial para quienes tienen la honrosa responsabilidad de guiar y de gobernar. Es la sabiduría que invocó la bíblica figura del rey Salomón: "Tu siervo está en medio del pueblo que elegiste, un pueblo tan numeroso que no se puede contar, ni calcular. Enséñame a escuchar para que sepa gobernar a tu pueblo y discernir entre el bien y el mal…". El relato bíblico termina alabando la opción del gobernante: *"Al Señor le pareció bien que Salomón pidiera sabiduría y le dijo: por haber pedido esto y no haber pedido una vida larga, ni haber pedido riquezas, ni haber pedido la vida de tus enemigos, sino inteligencia para acertar en el gobierno, te daré lo que has pedido: una mente sabia y prudente como no la hubo antes ni la habrá después de ti."* (1 Re 3,6-14).

"Aguardar como el centinela la aurora", presupone el cultivo de una actitud humilde, de búsqueda y de servicio, lo que implica discernir metas altas e itinerarios que lleven a ellas, desenmascarando, a la vez, las sirenas seductoras y engañosas que aparecen en la travesía, y emprender los exigentes itinerarios que el salmo identifica como "la luz, la misericordia y la salvación que vienen de Dios", es decir, el don de una vida abundante para nuestro pueblo.

"Aguardar como el centinela la aurora" comporta finalmente, *"buscar la manera de poder alentar, acompañar y estimular los esfuerzos que hoy se hacen para mantener viva la esperanza y la fe, en un mundo lleno de contradicciones."*(cf. Francisco, *El indispensable compromiso de los laicos en la vida pública de los Países Latinoamericanos*, 4 de marzo de 2016). En efecto, los sentimientos de frustración y de temor a causa de las crisis y pruebas de nuestros días, de los problemas sociales y políticos que enfrentamos, de los desafíos culturales y los estilos de vida que nos desafían, amenazan apagar la esperanza de la nueva aurora que asoma y debilitar el compromiso de ser parte de ella. La oración de esta mañana quiere sostener la fe y la esperanza de muchos, con la mirada que permite descubrir a Dios que habita en nuestra ciudad, en nuestras calles y en nuestras plazas; que vive entre los ciudadanos, promoviendo solidaridad, fraternidad, deseos de bien, de verdad y de justicia. (cf. Francisco, "Evangelii Gaudium", nº 71).

3. EN ESTE CLIMA ESPIRITUAL DE CONFIANZA Y ESPERANZA

Permítanme algunas reflexiones, como un aporte humilde a la hermosa y común tarea de otear el horizonte de nuestro auténtico futuro de esperanza.

3.1. Llamados a ser "Centinelas de la aurora"

¿En qué consiste la vocación y la misión del centinela llamado a aguardar la aurora? ¿Cuál es su identidad más profunda y cuál su responsabilidad histórica?

El centinela es quien espera con confianza la llegada de un nuevo día y salta de gozo por la vida que florece; es un cultivador incansable de optimismo y de esperanza y es también el vigía, que renuncia al sueño de la noche para evitar los peligros y ser sorprendido por el enemigo. Es un hijo de la luz que aprende a vivir en la noche sin ser de la noche. En su significado más bello, hace referencia al vigilante, que lucha contra el letargo y la negligencia que puede dañar irreparablemente la vida de los demás y la propia. Por eso, el centinela vigila para que ningún mal llegue a turbar la vida buena de todos; es el profeta que, con alegría, anuncia la belleza de los

tiempos nuevos y, al mismo tiempo, devela lo efímero, lo que daña y lo que engaña. Es el sembrador que cree en la bondad de la semilla que esparce, y que, como sabio agricultor, la cuida sabiendo esperar el sol del verano para que el tallo verde madure en una espiga dorada y henchida de granos. Es el agricultor paciente que cava, una y otra vez, alrededor de la higuera que no ha dado fruto, aguardando que sus cuidados la hagan rendir fecunda.

3.2. Una responsabilidad común

¿A quién le corresponde ser centinela de la aurora? No cabe duda: la respuesta es, a toda la comunidad. A todos nosotros. A toda la sociedad, y en ella -recuerda el Papa Francisco-, *"de manera especial, al Estado cuya obligación primera es defender y promover "el bien común", llamado a convertirse, como lógica e ineludible consecuencia, en un llamado a la solidaridad y a una opción preferencial por los más pobres."* (Laudato Si', nn. 157-158). Sí, todos y, en especial, quienes ejercen responsabilidades políticas, sociales u otros deberes. Con justa razón el Pontífice añade: *"El marco político e institucional no existe solo para evitar las malas prácticas, sino sobre todo para estimular las mejores prácticas, para estimular la creatividad que busca nuevos caminos para facilitar las iniciativas personales y colectivas."* (Ib.177).

"Es de esperar -agrega- que la humanidad del siglo XXI pueda ser recordada por haber asumido con generosidad sus graves responsabilidades." (Ib. 165). Por ello, hay que conceder un lugar preponderante a una sana y atenta política, capaz de responder a demandas verdaderas, de reformar las instituciones, coordinarlas y dotarlas de mejores prácticas que permitan derrotar el cáncer de la corrupción y rechazar presiones e inercias viciosas. *"Hay que agregar –continua el Papa- que los mejores mecanismos terminan sucumbiendo cuando faltan los grandes fines, los valores, una comprensión humanista y rica de sentido que otorguen a cada sociedad una orientación noble y generosa."*(Ib. 181). Porque, *"cuando la cultura del relativismo se instala, es la misma patología que empuja a la persona a aprovecharse de otra y a tratarla como un mero objeto."*(Ib. 123).

En esta hora de la historia, como nación, nos cabe a todos la hermosa y noble misión de otear el horizonte, para descubrir y adherir a la esperanza que no engaña, la promesa de vida abundante que Dios ha inscrito en el alma de Chile, para sus hijas e hijos. En pleno proceso eleccionario se nos ofrece, entonces, una excelente oportunidad para valorar el rol de la política, para superar la tentación del descrédito, de la desconfianza y de las polarizaciones estériles y para reafirmar el propósito de hacer real el proyecto de una estatura cívica alta, puesta al servicio de todos, de manera especial, al servicio de los más

postergados. A ello, con humildad, quiere contribuir la Iglesia. La visión de quienes creemos en Jesucristo no pretende ser exclusiva ni excluyente, pero, a la vez, y buscando el bien superior del país, quiere ser una voz que anuncia, con convicción ciudadana, lo que no podemos ni debemos callar. "*Nosotros como cristianos tenemos el deber de ofrecer el pleno testimonio de la esperanza que está en nosotros. No debemos temer que pueda constituir una ofensa a la identidad del otro lo que, en cambio, es anuncio gozoso de un don para todos y que se propone a todos con el mayor respeto a la libertad de cada uno.*" (cf. Juan Pablo II en, Novo millenio ineunte, nº 56).

4. CENTINELAS QUE ANUNCIAN LA VIDA, LA VIDA ABUNDANTE DE TODOS

Cual diamante esplendoroso, en el alma de Chile brilla una de sus más nobles convicciones: la sacralidad de la vida, de toda vida humana, desde su concepción, en todo el arco de su desarrollo y hasta la muerte natural: la vida, el primero y el más fundamental de los derechos humanos, pilar granítico sobre el cual se cimientan todos los demás derechos. En esta acción de gracias por la Patria, con el Papa Francisco y toda Iglesia, con voz clara y humilde a la vez, reiteramos que *"es tan grande el valor de una vida humana, y es tan inalienable el derecho a la vida del niño inocente que crece en el seno de su madre, que de ningún modo se puede plantear como un derecho sobre el propio cuerpo la posibilidad de tomar decisiones con respecto de esa vida, que es un fin en sí misma y que nunca puede ser objeto de dominio de otro ser humano."* (cf. Amoris laetitia nº 83). Por eso, respetuosos de la legislación que el Estado se ha dado, *"nuestra opción por la vida se traduce en redoblar nuestro esfuerzo para seguir acompañando a las mujeres que viven situaciones límite en su embarazo, a las que deciden continuar con él y a las que piensan que el aborto es una solución. La Iglesia… ofrece sus manos y extiende su abrazo de servicio a todas las personas que necesiten paz, amparo, apoyo y consuelo."* (cf. Mensaje del Comité Permanente, 21 de agosto de 2017). Recordando que el *"valor inalienable de un ser humano va más allá del grado de su desarrollo"* (Francisco, en Laudato Si', 136), conscientes que *"si se pierde la sensibilidad personal y social para acoger una nueva vida, también se mar-*

chitan otras formas de acogida provechosas para la vida social" (Cf. Benedicto XVI en Caritas in Veritate, nº 18), nuestro compromiso seguirá siendo anunciar el "Evangelio de la vida" y prestar nuestra solidaridad y colaboración para que ésta sea siempre respetada y promovida.

Doy gracias a Dios, por el testimonio valiente y coherente de tantas y tantos seguidores de Jesús que han sabido dar razón de su fe inquebrantable en la sabiduría de Dios.

La Iglesia enseña que "*los hijos son el don más excelente del matrimonio"*; que los esposos, varón y mujer, al transmitir la vida humana, tienen *"una participación especial en la propia obra creadora de Dios"* (Gaudium et Spes, 50) y que, de esta manera, *"pintan el gris del espacio público, llenándolo del color de la fraternidad, de la sensibilidad social, de la defensa de los frágiles, de la fe luminosa y de la esperanza activa."* (Francisco, en Amoris laetitia, nº 184).

Con asombro y gozosa gratitud, junto al salmista, los invito a orar: *"Señor, Dios nuestro, ¡qué admirable es tu Nombre en toda la tierra! Cuando contemplo el cielo, obra de tus manos, la luna y las estrellas que en él fijaste, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para que te ocupes de él? ... ¡Lo hiciste apenas inferior a un dios, lo coronaste de gloria y esplendor, le diste poder sobre las obras de tus manos, todo lo pusiste bajo sus pies."* (Salmo 8).

¡Que este asombro por la vida nos impulse a su acogida incondicional, llene de sonrisa nuestra Patria, de sabiduría a su mente y esperanza a su corazón!

5. CENTINELAS QUE ANUNCIAN LA BELLEZA Y LA FECUNDIDAD DE LA CULTURA DE LA ACOGIDA, DE LA COMUNIÓN Y DE LA SOLIDARIDAD

Los textos de la Sagrada Escritura que han resonado hoy en nuestra Asamblea, nos han hablado de "sabiduría", de "sal" y de "luz"; sabiduría, sal y luz, indispensables para transformar en cultura los cuatro verbos que el Papa Francisco invita a conjugar, en relación a los migrantes y a los refugiados: acoger, proteger, promover e integrar, verbos que, adecuadamente articulados, harán posible el crecimiento de la cultura del encuentro, la acogida, la solidaridad y la comunión, y que permitirá que Chile sea como "un racimo que madura", sazonado por la sabiduría de su historia y alumbrado por el Sol de la justicia y de la paz.

Es verdad, en los horizontes de un nuevo amanecer, no faltan nubarrones obscuros, sin embargo, y damos gracias por ello, se nos da vislumbrar la silueta de proyectos que llenan de esperanza y estimulan a la corresponsabilidad: son los niños y los jóvenes de nuestra Patria con los cuales aún mantenemos deudas de abandono y de una educación de mayor calidad; son los rostros de migrantes y refugiados que, junto a ciudadanos chilenos, buscan amasar el mismo pan de la dignidad, la acogida y la integración, como lo hicieran otros tiempos un Andrés Bello,

un Ignacio Domeyko, una Bernarda Morín o un Alberto De Agostini en el extremo sur de nuestra tierra; son los adultos mayores que nos reclaman trato y pensiones dignas; son los pobres y marginados con sus sueños de justicia y solidaridad; tantas familias que aspiran crecer en el amor y en la comprensión; enfermos que invocan el derecho a salud; encarcelados que esperan que la privación de libertad no sea solo un castigo, sino una oportunidad para rehacer la vida; son ciudadanos y ciudadanas que desean contribuir al mundo de la política, de la cultura, de las ciencias, de las artes para hacer de Chile "un hogar para todos".

¿Qué les es dado esperar? ¿Cuál es la esperanza que nos corresponde alimentar?

Chile necesita volver a encantarse con la cultura de la acogida empática, del respeto mutuo y de la colaboración generosa que caracteriza su alma, para contrarrestar los nubarrones de una cultura relativista, egoísta y excluyente.

Necesita derrotar la fascinación por la violencia y el atropello que hunden sus raíces en el vacío de significado de sí y del derecho de los otros, paraliza la búsqueda del bien común que la sociedad organizada está llamada a cultivar. Necesita poner atajo a la violencia insensata y a la desesperación que no llevan a nada. Necesitamos avanzar hacia una antropología de sentido, que la fe del pueblo lleva a su plenitud más alta. Es urgente superar la

tentación de un laicismo agresivo que pretende marginar la fe del pueblo de la esfera pública y que, arrogantemente busca negarle la justa visibilidad propia de una respetuosa libertad cultural.

Recordando el mensaje de san Juan Pablo II a nuestra tierra hace justo treinta años y en vísperas de la visita del Papa Francisco, en la atmósfera preelectoral que nos rodea, confiamos a la intercesión de la Virgen del Carmen el propósito de cultivar una ejemplar amistad cívica haciendo realidad la vocación de Chile, llamado al entendimiento y no de enfrentamiento.

CONCLUSIÓN

Concluyo estas palabras con una esperanzadora invocación, entresacada de los capítulos 51 al 54 del Profeta Isaías.

Chile, sus habitantes y todas sus esperanzas están presentes en ella:

"Despierta; levántate, Jerusalén, y ponte de pie…

Despierta, despierta Sión, revístete de fuerza…

Vendrá un día en que mi pueblo reconocerá mi nombre, cuando yo le diga: ¡Estoy contigo!

¡Qué hermosos son sobre los cerros los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae la buena nueva y anuncia la victoria.
Grita de júbilo…, rompe a cantar de alegría...

Ensancha el espacio de tu tienda y de tus lonas;

Extiende tus moradas con libertad;

Clava tus estacas y alarga sus cuerdas porque te extenderás a derecha y a izquierda…

No temas, no quedarás en ridículo…, el Señor todopoderoso, tu Redentor es el Santo de Israel, -se llama Dios de toda la tierra-…

El Señor te llama de nuevo.

Abre el corazón a la esperanza. No dejes que te roben el tesoro de tu alma."

Con esta confianza seremos centinelas de la aurora.

Amén

¡Están llamados
a servir a su pueblo!
¡Para eso han sido escogidos
como los primeros!...

“EL QUE QUIERA SER PRIMERO, QUE SE HAGA SERVIDOR DE TODOS...”

Santiago, 12 de marzo de 2014

Mt. 10, 44

INTRODUCCIÓN

Bienvenidos y bienvenidas a la Catedral de Santiago, casa de Dios y techo común para todos; espacio espiritual donde cada persona y Chile entero puede experimentarse partícipe de la misma y más alta dignidad de hijos y de hermanos.

Desde distintas tradiciones cristianas y religiosas hemos sido convocados para orar por nuestro país y pedir para su Excelencia la Señora Presidenta de la República, junto a todos sus colaboradores, la sobreabundante bendición del Señor, al inicio de su gobierno.

Movidos por este acontecimiento patrio, con gratitud y esperanza, venimos a agradecer nuestra historia, a comprometernos con su presente y a soñar con su futuro. ¿Cómo no dar gracias a Dios por el inestimable patrimonio de Chile y cómo no hacer oración para pedir al Padre de los cielos que siga acompañándonos e inspirando los mejores propósitos en la nueva etapa que ahora comienza?

1. EL APORTE DE LA FE AL BIEN COMÚN

Es sabido que el pueblo chileno es mayoritariamente creyente: su fe y las consecuencias de la fe han iluminado la construcción de nuestra historia Patria desde sus comienzos. El primer colegio, el primer hospital, el primer contrato de trabajo, las primeras medidas de protección social, la primera liberación de esclavos, son obras realizadas en coherencia con la fe cristiana. Ya desde temprano, en un proceso que tiene luces y también sombras, se entendió que "al actuar en lo temporal, se prepara lo eterno", como afirmaba Benedicto XVI.

En efecto, la construcción de la democracia siempre ha recibido el aporte de la Iglesia Católica y de las distintas tradiciones religiosas que hoy nos acompañan en esta oración ecuménica. "La fe siempre lleva a un compromiso social y político", decía el cardenal Silva Henríquez, recordando que es un grave error establecer divorcio entre fe y compromiso histórico.

Con igual claridad, la enseñanza social de la Iglesia cuida diferenciar los espacios de la acción de la Iglesia y del Estado. Las Iglesias no buscan gobernar, no es esa su misión, pero sin duda, a lo largo de los años, ellas han acumulado una sabiduría que han de entregarla para aportar al discernimiento de las acciones de quienes actúan del mundo cultural, económico, social y político, para la construcción del Bien Común. Fue por esa misma razón que, apenas ocurrido el golpe de Estado de 1973, nues-

tras Iglesias asumieron la responsabilidad de defender a la persona humana de las humillaciones y de los abusos contra sus derechos. Por la misma razón, nuestras Iglesias acompañaron al pueblo de Dios en su lucha por reconquistar la democracia y transitar desde la dictadura a la normalidad institucional en forma pacífica.

Es desde la misma tradición y legitimidad moral, que hoy miramos nuestra realidad y desde donde queremos ofrecer nuestra palabra sencilla y humilde y ofrecer nuestra contribución leal y honesta, en un momento de continuidad y de novedad de nuestra historia, en la práctica de la institucionalidad democrática nacional.

2. GOZOS Y DOLORES DEL PUEBLO

No cabe duda: nuestro pueblo vive hoy nuevas alegrías y tristezas, nuevos gozos y esperanzas.

Apreciamos, la recuperación de la democracia; que la pobreza y, en especial, que la extrema pobreza, hayan bajado a menos de un tercio de lo que era hace apenas 25 años; que siete de cada diez jóvenes que van a la universidad, sean los primeros que en sus familias tienen esta posibilidad; que la mortalidad infantil sea tan baja como en los países desarrollados y que la esperanza de vida sea tan amplia como en el primer mundo. Todo esto, cada chileno lo aprecia y, frente a tales logros, da gracias a Dios y a quienes nos gobierna con sabiduría y espíritu de servicio. La satisfacción y gratitud por lo bueno, lejos de dejarnos insensibles, debieran estimularnos a ser dóciles y atentos para escuchar el clamor de los pobres y de quienes están al borde del camino pidiendo más justicia y mejores posibilidades de vida: es el dolor de muchos trabajadores que deben usar el tiempo que podrían entregar a sus familias, movilizándose de un extremo a otro de la ciudad para ganarse el pan, a veces con salarios que están por debajo de los niveles de justicia. Es la situación de los pueblos originarios y, en especial, la del pueblo mapuche; la condición de ancianos olvidados y abandonados o de menores abusados y explotados, y de quienes, en nuestras

ciudades son víctimas de la violencia, la prepotencia, la corrupción y el crimen.

Sí, hay muchos dolores todavía que claman y que buscan ser aliviados. Hay aún muchos caídos al lado del camino que suplican por un "buen samaritano", que vea, se conmueva y se ponga a la obra, con espíritu solidario; que esperan hombres y mujeres que no quieran dominar como si fueran dueños, sino servir para hacer crecer vida abundante. Esto implica servidores públicos que sientan la necesidad de resolver las causas estructurales de la pobreza; cuidar una educación de calidad para todos; promover el acceso al cuidado de la salud e impulsar la creación de fuentes estables de trabajo, porque en el trabajo libre, creativo, participativo y solidario el ser humano expresa y acrecienta la dignidad de su vida (cf. EG.192). Lo hemos expresado claramente los obispos en la Carta Pastoral "Humanizar y compartir con equidad el desarrollo de Chile". El desarrollo con equidad exige algo más que el crecimiento económico, requiere orientaciones, decisiones y procesos que tiendan decididamente a la promoción integral de toda persona y de todas las personas. En este sentido, no debe molestar que se hable de ética, de solidaridad, de ecua distribución de los bienes, de preservación de las fuentes de trabajo, de dignidad de los débiles y de un Dios que exige un compromiso por la justicia, como lo ha recordado, con fuerza, el Papa Francisco (Cfr. E.G. 203).

3. FLORECE LA ESPERANZA

En esta mañana de esperanza, no queremos hacer un listado de aquello de lo que somos deudores, sino invitar a todos a no bajar los brazos y a trabajar con empeño. Nos encontramos en esta iglesia catedral para rezar juntos por Chile, nuestra querida Patria, con una confianza infinita y para renovar nuestro propósito de construir "amistad social", creyendo que la "unidad es superior al conflicto" y que "la solidaridad, entendida en su sentido más hondo y desafiante, se convierte en un modo de hacer la historia, en un ámbito viviente donde los conflictos, las tensiones y los opuestos pueden alcanzar una unidad pluriforme que engendra vida nueva." (Cfr EG. 228).

Se trata de mirar nuestros dolores y de ponernos todos juntos a trabajar para que se cumpla el querer de Dios para su pueblo, es decir, un proyecto de vida abundante, reconociendo que "la diversidad es bella cuando acepta entrar constantemente en un proceso de reconciliación, hasta sellar una especie de pacto cultural que haga emerger una "diversidad reconciliada": No hay que olvidar que "Dios quiere la felicidad de sus hijos también en esta tierra, aunque estén llamados a la plenitud eterna, porque Él creó todas las cosas para que las disfrutemos." (Ib. 182).

Dios quiera que los próximos años sean un tiempo propicio para seguir restaurando la dignidad humana de todos quienes habitamos esta tierra bendita. Dios quiera que nuestras ciudades y campos lleguen a ser espacios preciosos de encuentro y solidaridad entre todos; y que la concordia y la paz hagan de Chile "la copia feliz del Edén". La presencia de Dios acompañe las búsquedas sinceras de quienes nos guían y gobiernan. Es el anhelo de quienes pastoreamos nuestros hermanos y hermanas en la fe.

4. EN ORACIÓN

Vivimos un momento fascinante de nuestra historia. Estamos próximos a alcanzar lo que técnicamente se llama desarrollo. No queremos olvidar, sin embargo, que mientras el desarrollo no alcance a todos, no podemos considerarlo tal. Sería simplemente crecimiento estadístico. El desafío de esta generación es hacer que este crecimiento pueda transformarse en desarrollo integral para todos. Nuestro propósito debe ser servir y, especialmente, servir a los más pobres, porque allí está el rostro de Dios, reclamando que pongamos atención en Él.

Hemos compartido la lectura de un trozo del Evangelio particularmente nítido. Es la palabra de Jesús recogida por el evangelista Marcos. Jesús denuncia a los gobernantes de su tiempo y de todos los tiempos por actuar como si fueran dueños que hacen sentir su poder, y advierte: "Eso no debe suceder entre ustedes (...) El que quiera ser grande, que se haga servidor de ustedes; y el que quiera ser el primero, que se haga servidor de todos".

Aquí está la grandeza del gobernante, Salomón: "Ya que tú me has hecho rey sobre un pueblo numeroso, dame sabiduría e inteligencia, para que sepa conducirme". La sabiduría y la inteligencia para servir y para ejercer la autoridad como instrumento de comunión y bienestar para todos.

Señora Presidenta, Ministros de Estado, Legisladores y Servidores Públicos que inician la noble misión de gobernar el país, en nombre de todos los obispos y pastores que presidimos esta solemne oración por la Patria, imploramos para ustedes abundantes bendiciones. De corazón les deseamos que puedan servir al país con la sabiduría que permite discernir el recto camino, con la entrega que lo hace fecundo y con la colaboración de todos los ciudadanos que lo hace común.

Para Ustedes hago mía la oración de Papa Francisco:

"¡Pido a Dios que crezca el número de políticos capaces de entrar en un auténtico diálogo que se oriente eficazmente a sanar las raíces profundas y no la apariencia de los males de nuestro mundo! La política, tan denigrada, es una altísima vocación, una de las formas más preciosas de la caridad, porque busca el bien común.

¡Ruego al Señor que nos regale más políticos a quienes les duela de verdad la sociedad, el pueblo, la vida de los pobres! Es imperioso que los gobernantes y los poderes financieros levanten la mirada y amplíen sus perspectivas…

¿Y por qué no acudir a Dios para que inspire sus planes? Estoy convencido de que a partir de una apertura a la

trascendencia podría formarse una nueva mentalidad política y económica que ayudaría a superar la dicotomía absoluta entre la economía y el bien común social" (Cfr. EG 205).

En el Evangelio que proclamamos hoy es el propio Jesús quien afirma: "El mismo Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por una multitud". Me dirijo especialmente a quienes han sido elegidos para gobernar Chile: ¡Están llamados a servir a su pueblo! ¡Para eso han sido escogidos como los primeros! La legitimidad del mandato que recibieron radica justamente allí, en ser servidores del bien común.

Pueden contar con la oración de los pastores de las distintas tradiciones cristianas y religiosas que hoy nos reunimos a orar por Chile.

Nos asiste la confianza que el Padre común nos acompañará a todos en esta noble y desafiante tarea.

Amén.

La felicidad de Chile,
hogar de todos y todas,
dependerá del esfuerzo
que juntos despleguemos...

"ENSÉÑAME A ESCUCHAR PARA QUE SEPA GOBERNAR A TU PUEBLO Y DISCERNIR ENTRE EL BIEN Y EL MAL"

(1 Reyes 3, 9)

Santiago, 12 de marzo de 2018

1 Reyes 3, 4-14 ‖ Mt. 5, 1-11

INTRODUCCIÓN

Excelentísimo señor Presidente de la República, Don Sebastián Piñera Echenique y Señora Cecilia Morel de Piñera, con sus hijos e hijas, nietos y nietas.

Autoridades de los diversos poderes del Estado, Legislativo, Ejecutivo y Judicial. Señores ministros y ministras de Estado y demás autoridades del gobierno. Autoridades todas, civiles, religiosas y militares, de Chile y de países hermanos que nos acompañan en esta Oración por la Patria, y quienes la rigen.

1. "SI EL SEÑOR NO CONSTRUYE LA CASA..."

Amigos y amigas.

Doy la más cordial bienvenida a Su Excelencia el Señor Presidente de la República de Chile. Bienvenido, Señor Presidente, a esta histórica Catedral de Santiago, techo común de la Patria que, desde los albores de su historia y hasta el día de hoy, ha cobijado tantos momentos trascendentes de su vida; espacio espiritual de encuentro y de esperanza; lugar donde se han enjugado lágrimas y mitigado dolores, y donde se han vuelto a despertar los más nobles propósitos de caminar unidos hacia tiempos mejores y, a pesar de las legítimas diferencias, se ha podido, se puede y se podrá, mirarse a los ojos, reconocerse hermanos y hermanas, y juntos, otear los prometedores horizontes de la patria, que brotan de la certeza de ser hijos del mismo Padre Dios, llamados a hacer de Chile "un hogar para todos". "Patria", en efecto, tiene su origen etimológico y, sobre todo, su futuro más prometedor, en el reconocimiento de ser "hermanos y hermanas" por tener un "Padre" común. Para usted, Señor Presidente, y para todos aquellos y aquellas que han asumido la hermosa y desafiante misión de servir la vida del pueblo de Chile, invocamos la fuerza que viene de lo Alto, la sabiduría que procede de Dios, la fortaleza y la templanza,

virtudes morales tan necesarias para "superar presiones e inercias viciosas", recordando que "los mejores mecanismos terminan sucumbiendo cuando faltan los grandes fines, los valores, una comprensión humanista y rica de sentido que otorguen a la sociedad una orientación noble y generosa" (Cfr. Francisco, en Laudato Si', n° 181).

Nos lo recuerda la sabiduría de los salmos: "Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles; si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas" (Salmo 126).

2. PALABRAS DE SABIDURÍA

Humildemente, y con el único propósito de estimular el compromiso de cuantos, junto con usted, han asumido la hermosa y desafiante misión de gobernar, es decir, la misión de caminar junto al pueblo, de manera especial junto a los más necesitados, para conducirlo hacia su más pleno desarrollo integral, fundado en la sabiduría que nos ofrece la Sagrada Escritura, junto con los hermanos y hermanas que creemos en Cristo, elevamos nuestra oración al Padre de los Cielos, por usted, por quienes comparten su responsabilidad y por todo el Pueblo de Chile, ya que todos hemos sido llamados a ser protagonistas y no meros espectadores de una historia común. Nos iluminan la oración con la que Salomón inicia su servicio de rey, y la página más hermosa y esperanzadora del Evangelio, el texto de las Bienaventuranzas del Reino.

2.1. La petición de Salomón y la respuesta de Dios

El primer libro de los Reyes narra cómo, al inicio de su reinado, Salomón fue a Gabaón, el principal santuario de Israel, para orar y pedir lo que más necesitaba para su misión. Allí, en el silencio de la noche, experimentó la presencia del Señor que le dijo: "Pídeme lo que quieras". El corazón y la mente del

nuevo gobernante, asombrado por la acción de Dios, desplegada en la vida de su padre David y en la historia del pueblo elegido, se hace memoria agradecida y plegaria confiada: "Señor, Dios mío, tú has hecho rey a tu siervo, sucesor de mi padre David; pero yo soy un muchacho que no sé valerme. Tu siervo está en medio del pueblo que elegiste, un pueblo tan numeroso que no se puede contar, ni calcular. Enséñame a escuchar para que sepa gobernar a tu pueblo y discernir entre el bien y el mal"… No, el joven rey no pide "larga vida" para sí; no pide riquezas; no pide la destrucción de sus adversarios. Solo pide "inteligencia" para acertar en el gobierno; un corazón que sepa escuchar el clamor de su pueblo. Y, al Señor le pareció bien que Salomón pidiera aquello: "Te daré lo que has pedido, una mente sabia y prudente, como no la hubo antes ni la habrá después de ti".

Es el don que, con afecto pedimos también para usted y para quienes generosamente lo acompañan en su noble tarea de gobernar a Chile.

Recientemente, el Papa Francisco en su homilía de la Misa por la Paz y la Justicia, celebrada en el Parque O'Higgins, recordaba cuán esencial es para lograr la justicia y la paz, saber leer el corazón de la gente, saber escucharla, y así, aprender a servirla mejor. Re-

cuerdo sus palabras: "La primera actitud de Jesús es ver, mirar el rostro de los suyos: esos rostros ponen en movimiento el amor visceral de Dios. No fueron ideas o conceptos los que movieron a Jesús…; son los rostros, son las personas; es la vida que clama a la Vida", la sabiduría de quien sabe escuchar, no sólo con los oídos y la razón, sino con el corazón. En palabras del Papa Francisco esto significa "sembrar la paz a golpe de proximidad y de vecindad. A golpe de salir de casa y mirar rostros. De ir al encuentro de aquel que lo está pasando mal, que no ha sido tratado como persona, como un digno hijo de esta tierra. Esta es la única manera que tenemos de tejer un futuro de paz, de volver a hilar una realidad que se puede deshilachar. El trabajador de la paz sabe que muchas veces es necesario vencer grandes o sutiles mezquindades y ambiciones que nacen de pretender crecer y "y darse un nombre", de tener prestigio a costa de otros. El trabajador de la paz sabe que no alcanza con decir: no le hago mal a nadie, ya que como decía san Alberto Hurtado: "Está muy bien no hacer el mal, pero está muy mal no hacer el bien" (Francisco, 16 de enero de 2018).

2.2. Las Bienaventuranzas: profecía y compromiso

El texto evangélico proclamado, las Bienaventuranzas del Reino, constituye el horizonte hacia el cual, una vez más, somos invitados y desafiados a caminar. Como lo advirtiera el Papa Francisco: "Las bienaventuranzas no nacen de una actitud pasiva frente a la realidad, ni tampoco de un espectador que se vuelve un triste autor de estadísticas de lo que acontece; no nacen de los profetas de desventuras que se contentan con sembrar desilusión, tampoco de espejismos que nos prometen la felicidad con un "clic", en un abrir y cerrar de ojos... Las bienaventuranzas nacen del corazón compasivo de Jesús, que se encuentra con el corazón necesitado de compasión de hombres y mujeres que quieren y anhelan una vida bendecida: "De hombres y mujeres que conocen el desconcierto y el dolor que se genera cuando "se te mueve el piso" o "se inundan los sueños" y el trabajo de toda una vida se viene abajo; pero más saben de tesón y de lucha para salir adelante; más saben de reconstrucción y de volver a empezar" (Ibídem).

El cambio de época, como también el inicio de un nuevo gobierno, son una ocasión propicia para renovar el propósito de trabajar con tesón y de luchar con perseverancia frente a tantos desafíos que afectan y hacen sufrir a quienes, en nuestra sociedad,

aún viven al margen del bienestar, en la periferia de una sociedad que ha crecido sin equidad y con una insuficiente solidaridad.

Me ha llamado fuertemente la atención el juicio de un experto mundial en economía que, en vísperas de Navidad aseveró: "La globalización, sin reglas, ha enriquecido aún más a las multinacionales; ha pagado menos la obra de mano; ha empobrecido la clase media de los países occidentales y ha marginado a no pocos trabajadores" y, con fuerza de un profeta secular, denunciaba el escándalo que significa el hecho que los ocho hombres más ricos del mundo son poseedores de la misma cantidad de dinero que deben repartirse 3.600 millones de pobres.

Ciertamente, este no es el camino de las bienaventuranzas que Jesús propone. En la carta pastoral "Chile, un hogar para todos", el Comité Permanente de la Conferencia Episcopal ha querido ofrecer una palabra sobre los grandes desafíos que la sociedad chilena está llamada a enfrentar y superar. Entre ellos se destaca: La pobreza que, aunque ha disminuido, sigue afectando todavía una parte importante de la población; la familia y la creciente inestabilidad matrimonial; la situación desmejorada de la mujer en la organización de la sociedad; el desafío de acompañar a los jóvenes en la realización de sus grandes

ideales, la urgencia de ofrecer a los menores de edad desvalidos, protección y educación de calidad. El país no puede cerrar los ojos frente a quienes reclaman una digna y pronta atención para su salud, a los privados de libertad, a los adultos mayores, siempre más numerosos, a los miles de migrantes en busca de horizontes mejores y, de forma especial, frente a nuestros hermanos mapuche y a otros pueblos originarios.

A los pobres, a los afligidos, a los desposeídos y a los que tienen hambre y sed de justicia; a los misericordiosos, a los limpios de corazón, a los que trabajan por la paz, a los perseguidos a causa del bien, las bienaventuranzas abren las puertas de tiempos mejores, porque el Reino de los Cielos les pertenece, porque serán consolados, porque heredarán la tierra, porque sus aspiraciones serán saciadas. Son bienaventurados porque hombres y mujeres de esperanza, se atreven a pedir a Dios el don de un corazón sabio y audaz, capaz de conmoverse, bajar de su cabalgadura y de curar las heridas. Así crece la esperanza y así renace la confianza, y así Chile será un "hogar para todos", un pueblo bienaventurado.

CONCLUSIÓN

"La felicidad de Chile, hogar de todos y todas, dependerá del esfuerzo que juntos despleguemos, unos a favor de otros, por el bienestar común, por la dignidad de cada uno y cada una, especialmente de los más vulnerables entre nosotros". Así termina la Carta Pastoral de los Obispos de Chile. Y estos son también los buenos deseos y las intenciones que confiadamente presentamos ante el Padre Dios en esta solemne oración.

En el presente año recordamos tres bicentenarios históricos de nuestra Patria. El 12 de febrero pasado hemos recordado los 200 años de la Declaración de la Independencia; el próximo 5 de abril, será el bicentenario de la Batalla de Maipú y, en unos días más, el 14 de marzo, será el bicentenario del Voto O'Higgins, es decir, de la promesa que dio origen al Santuario Nacional de Maipú y a la Alianza de amor de la Virgen Santísima del Carmen con nuestro pueblo.

A ella, Madre y Reina de Chile, le pedimos velar sobre su servicio, al tiempo que la invocamos para el bienestar de todo el pueblo de Chile.

Amén.

ARZOBISPADO DE SANTIAGO

Arzobispado de Santiago
Plaza de Armas 444
Santiago de Chile